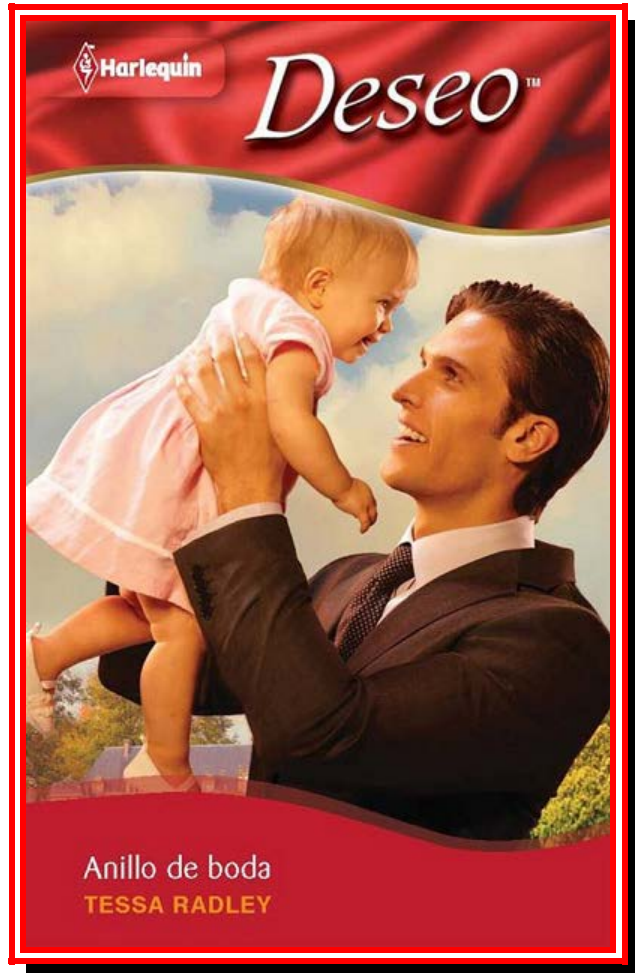


Anillo de boda

Tessa Radley



Anillo de boda (2011)

Título Original: The boss's baby affair (2011)

Argumento:

Ella deseaba que se convirtieran en una verdadera familia

El viudo multimillonario Nick Valentine debería haber imaginado que la nueva niñera de su hija Jennie era demasiado buena para ser verdad. Y cuando Candace Morrison le reveló sus intenciones con respecto a Jennie, Nick estaba preparado.

Aquella embaucadora, por guapa y sexy que fuera, iba a recibir su merecido. Aunque ella no era la responsable, Candace sabía que Nick había sido engañado. Y, aunque le sorprendía la respuesta de su jefe a la verdad, y a la innegable atracción que había entre ellos, no se detendría ante nada para demostrar lo que sabía sobre Jennie, la heredera de Nick Valentine.

Capítulo 1

Volver a casa significaba... Jennie.

Nicholas Valentine miró la brillante puerta negra y respiró profundamente. El imponente llamador de bronce en forma de león era algo que él mismo había elegido para la impresionante casa de tres pisos en la mejor zona de Auckland.

Después de guardar en el bolsillo las llaves del Ferrari, Nick pulsó el código de seguridad, escondido en uno de los paneles de la entrada, y la pesada puerta se abrió.

El suelo del vestíbulo, de lujoso mármol blanco, brillaba bajo los focos del techo.

Debería alegrarse de volver a casa. Debería estar encantado después de varias semanas de viaje en Indonesia, un país que atravesaba por una situación muy difícil.

Pero estaba demasiado cansado. Lo único que deseaba era darse una ducha y meterse en la cama... aunque antes tenía que ver a Jennie.

No iba a ser un momento agradable pero tenía que hacerlo, a pesar de los sentimientos que su existencia despertaba en él.

Nick se detuvo al pie de la escalera y, conteniendo el deseo de escapar, puso un pie en el primer peldaño.

No había visto a Jennie en un mes.

Podía lidiar con una compañía multimillonaria, con la prensa y con cientos de empleados sin alterarse... pero Jennie lo asustaba.

Aunque nunca lo admitiría, por supuesto.

Al final de la escalera, un pasillo daba la vuelta a toda la casa. A la derecha había dos suites; a la izquierda, cuatro dormitorios con cuarto de baño, uno de los cuales había convertido en la habitación de Jennie. Frente a los cuatro dormitorios, el recibidor se convertía en una amplia sala de estar decorada en blanco, negro y gris, con algún toque del pistacho, que tanto gustaba a Jilly.

Nick se detuvo, sorprendido. El elegante y normalmente ordenado espacio se había convertido en un sitio lleno de cajas amarillas y rosas que no reconocía. La mesa de cristal estaba apartada a un lado y unos rectángulos de goma con números ocupaban la zona entre dos sillones.

Alguien, su hermana tal vez, parecía haber tenido la inspiración de estimular las habilidades matemáticas de Jennie. Pero Nick estaba seguro de que no llevaba fuera tanto tiempo como para que la niña hubiese aprendido a contar. Después de todo, solo tenía seis meses.

— ¿Pero qué demonios...?

La puerta de la habitación de Jennie estaba entreabierta pero cuando asomó la cabeza comprobó que estaba vacía. En el centro, sobre la alfombra, un círculo de ositos de peluche parecían tomar el té frente a la pared de cristal que daba a la piscina, pero no había ni rastro de la niña o de su niñera... Nick no recordaba su nombre. Y tampoco estaban en el jardín.

Nick miró el reloj; las cinco en punto. Conocía el horario de Jennie de memoria y sabía que era la hora de su cena. La niña debería estar en casa. Pero la señora Busby, su ama de llaves, sabría dónde estaban.

Sin embargo, cuando bajó a la ordenada y moderna cocina, con electrodomésticos de última generación, la señora Busby no estaba. ¿Dónde se había metido todo el mundo?, se preguntó, impaciente, llamando al timbre.

Unos minutos después, la señora Busby apareció por la puerta batiente que daba a la zona de servicio y al verlo, se estiró el cuello del vestido.

— Lo siento, señor Valentine. No sabía que hubiera vuelto a casa.

Nick no se molestó en explicarle que había cambiado el vuelo a última hora.

— ¿Dónde está Jennie?

— Candace la ha llevado al parque... pero puede llamarla al móvil — el ama de llaves abrió uno de los cajones —. Voy a darle el número...

— Espere un momento. ¿Quién es Candace?

La señora Busby vaciló un momento.

— La nueva niñera. ¿La señora Timmings no se lo ha dicho?

¿Una nueva niñera? Su hermana no le había dicho una palabra.

— ¿Qué ha sido de...? — Nick intentó recordar el nombre de la antigua niñera, pero no era capaz.

— Cuando Jennie se puso enferma, Margaret decidió marcharse — le explicó su ama de llaves.

—¿Jennie está enferma? —exclamó él. Nadie le había dicho nada—. ¿Qué le ocurre?

La señora Busby parecía cada vez más incómoda.

—Ahora está mucho mejor. Candace ha cuidado de ella y la señora Timmings no quería que lo preocupase... por eso pensó que era mejor esperar a que volviera.

Nick intentó contener su impaciencia porque la mujer parecía a punto de desmayarse, pero no era culpa suya que nadie le hubiese contado nada.

—Hablaré con mi hermana.

—Sí, sería lo mejor —dijo el ama de llaves, claramente aliviada—. ¿Quiere comer algo, señor Valentine?

Él negó con la cabeza.

—He comido en el avión... Bueno, tal vez una de sus tortillas especiales —dijo luego, al ver la expresión decepcionada de la señora Busby—. Pero antes, déme el número de la niñera. Estaré en el cuarto de estar.

El móvil de la niñera estaba apagado y después de intentarlo dos veces, impaciente, Nick marcó el número de su hermana.

—¿Por qué no me habías dicho que Jennie ha estado enferma? ¿Qué ha pasado? —le espetó, sin molestarse en saludar.

Al otro lado de la línea hubo un silencio.

—¿Qué tal «buenas tardes, Alison, como estás»?

Sin percatarse del sarcasmo, Nick empezó a pasear por el cuarto de estar.

—¿Qué le pasa?

—Una infección de oído. La llevé al médico y no quería molestarte...

—Es mi hija —la interrumpió él. Aunque lo decía con más convicción de la que sentía en realidad—. Deberías haberme llamado.

—Nicky, la niña está bien.

—Eso me ha dicho la señora Busby —Nick se cambió el teléfono a la otra oreja—. ¿Tú sabes lo que he sentido al saber que Jennie había estado enferma y yo no me había enterado?

—Lo siento, Nicky —se disculpó su hermana—. Tienes razón, debería haberte llamado. Pero pensé que estarías muy ocupado...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Había oído en las noticias lo de los disturbios en Indonesia y estaba muy preocupada... tú también deberías haberme llamado.

—Tus acciones en Valentine están a salvo y he conseguido encontrar los muebles ecológicos y las estatuas de jardín que necesitábamos.

—No era eso lo que me preocupaba, aunque debo decirte que hemos recibido una oferta por nuestras acciones.

—¿Una oferta? Nick estaba demasiado cansado como para seguir la conversación, pero esa frase lo sorprendió.

Él sabía que Alison y su marido, Richard, necesitaban desesperadamente vender sus acciones para paliar las pérdidas de su cadena de tiendas de electrodomésticos debido a la recesión.

Por lealtad, habían esperado para darle una oportunidad de que las comprase él... algo imposible hasta que la deuda que tenía con su suegro, Desmond Perry, hubiera sido pagada del todo.

Y estaba a punto de hacerlo. Al día siguiente pagaría a Perry el último plazo de la deuda y nada le daría más satisfacción en toda su vida que tirar el último cheque sobre el escritorio de su antiguo suegro.

Por supuesto, se quedaría sin liquidez pero si Alison y Richard podían aguantar unos meses más, pronto sería capaz de comprar sus acciones en la cadena de establecimientos de jardinería Valentine.

Con la gente saliendo cada día menos y pasando más tiempo en casa, su negocio se expandía de manera notable. Y, afortunadamente, en todas las ciudades de North Island, en Nueva Zelanda, había un establecimiento de jardinería Valentine, lo que había soñado cuando empezó. Sus establecimientos eran centros sociales, lugares para relacionarse. La gente iba allí buscando el estilo de vida que el corazón rojo del logo Valentine prometía: consejos sobre paisajismo y diseño de jardines, fuentes, muebles de jardín, todas las plantas que se pudieran imaginar... los clientes podían encontrarlo todo en los centros de jardinería Valentine.

Tenía pensado ampliar el negocio a South Island y luego, más adelante, a Australia. Pero, aunque las parcelas en las que estaban situadas y el propio negocio valían millones, la rápida expansión lo había dejado sin liquidez y tener que pagar la deuda con su ex suegro empeoraba la situación.

Nick sabía que pronto cancelaría esa deuda, pero la mención de una oferta de compra lo inquietó.

— ¿Cuándo te hicieron esa oferta?

— Hace unos días — contestó su hermana.

— Alison...

— Estaba demasiado preocupada por la infección de oído de Jennie... y por ti, que estabas en un sitio peligroso — lo interrumpió ella —. Dime que estás bien, por cierto.

Nick no estaba de humor para hablar de su viaje a Indonesia. Lo único que le importaba era pagar el último plazo de la multimillonaria deuda con Desmond Perry... con tres meses de adelanto.

Contra su voluntad, había tenido que considerar la idea de vender uno de sus establecimientos. Afortunadamente, había decidido no hacerlo y se alegraba.

Al final, cerrar ese establecimiento les habría costado muy caro a todos. A él, a Alison, a Richard y al resto de los accionistas. Habían elegido cuidadosamente cada local por su situación y, con el tiempo, cada uno sería una joya. Pero los futuros beneficios no ayudaban a su hermana, que necesitaba apoyo de inmediato.

— Estoy bien, ya te lo he dicho. No seas pesada.

— Tú déjame fuera, como siempre. Supongo que debería agradecerte que al menos hables con Richard... aunque solo sobre negocios, por supuesto. Pero no sobre tu matrimonio, sobre lo que ha sido esperar que cayera la espada de Damocles.

Nick suspiró.

— Alison...

— ¡No te preocupes, ya lo sé! Tu matrimonio es asunto tuyo y no puedo meterme. Ya se que tú nunca hablas de cosas privadas, pero un día tendrás que dejar entrar a alguien dentro de esa coraza tan dura que te has fabricado.

Nick se pasó una mano por la cara, conteniendo el deseo de decirle a su hermana que exageraba, que esa coraza tan dura solo estaba en su imaginación. Porque, dijera lo que dijera, Alison se pondría a discutir.

En lugar de eso, se dejó caer sobre el sofá de piel blanca, apoyando los pies en uno de los cuatro cubos que hacían de mesa de café.

– Bueno, pero ahora quiero hablar. ¿Por qué no me habías dicho que la niñera de Jennie se había marchado y habías tenido que contratar a otra?

– Candace no es una niñera... es enfermera.

– ¿Enfermera? ¿Hay algo que no me hayas contado?

¿Habría estado Jennie más enferma de lo que decía su hermana?

– No, Jennie está bien. Y Candace es un regalo del cielo. La conocí en el hospital y nos caímos bien de inmediato. Y cuando supo que Margaret se había marchado...

– ¿Por qué se marchó Margaret?

– Tenía la tensión muy alta y cuando Jennie se puso enferma fue demasiado para ella.

Nick cerró los ojos, conteniendo el deseo de soltar una palabrota.

Él no sabía que la niñera de Jennie tuviera la tensión alta o no la habría contratado. Claro que seguramente por eso Jilly no le había dicho nada. Margaret parecía perfecta; una señora de cierta edad con aspecto maternal y referencias impecables. Parecía perfecta, pero estaba claro que no lo era.

– ¿Qué sabemos de esta otra mujer?

– Es enfermera de pediatría y tiene unas referencias fabulosas. Estuvo de viaje durante los últimos meses y la contrataron en el servicio de Urgencias del hospital en cuanto volvió –su hermana se detuvo para tomar aliento–. Imagino que hasta tú te darás cuenta de que para Jennie es mejor una enfermera que una niñera normal. Seguro que Jilly habría estado encantada.

– Vamos a dejar a Jilly fuera de esto.

Nick no iba a dejar que su hermana cambiase de tema.

– Cuando conozcas a Candace verás que es perfecta. No sé qué vamos a hacer cuando decida volver a trabajar en el hospital.

– ¿Contratar a una niñera? – sugirió Nick, burlón –. Así, cuando vuelva a casa, al menos Jennie estará aquí para saludarme.

Un Ferrari rojo ocupaba el espacio que había estado vacío desde que empezó a cuidar de Jennie.

Candace aparcó el monovolumen entre el Ferrari y un Daimler plateado, pensativa. De modo que Nick Valentine estaba de vuelta en casa... ya era hora.

Se alegraba por Jennie y sonrió mientras la sacaba de la sillita de seguridad.

Jennie era la niña más dulce del mundo. En su trabajo como enfermera de pediatría, Candace había visto muchos niños, pero Jennie era especial.

Y su corazón se derretía cada vez que apoyaba la cabecita en su hombro. Pobrecita niña huérfana. La primera vez que la tuvo en brazos había sentido una inexplicable conexión con ella...

Pero no era su hija, debía recordarse a sí misma. Jennie era de otra persona y, sin embargo, estaba loca por ella. Y sentía cierta rabia por el regalo que Nick Valentine trataba con tanta despreocupación.

Candace entró en el pasillo de mármol que la hacía sentir como si estuviera en las páginas de una revista de decoración. No había plantas ni flores en algún jarrón rompiendo la paleta de negros, blancos y grises.

La niña que tenía en sus brazos era lo único real en aquella fría mansión.

No había nadie, pero podía oír la televisión en el cuarto de estar...

Se le encogió el estómago, pero contuvo el deseo de subir a la habitación. No tenía sentido retrasar el encuentro. Cuanto antes conociera a su jefe, mejor.

Con la niña en brazos, se detuvo en la puerta del cuarto de estar.

Nick Valentine estaba tumbado en el sofá de piel blanca, delante del televisor. Tenía el pelo negro despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él varias veces. La chaqueta del traje abandonada sobre un sillón y los dos primeros botones de la camisa desabrochados, revelando un triángulo de piel suave y bronceada. Candace no había esperado que fuese tan... apuesto.

Afortunadamente, estaba dormido.

Sobre los cubos que hacían las veces de mesa de café había una bandeja con una tortilla que no había tocado y un vaso con un líquido de color ámbar...

¿Qué había esperado, un padre deseando ver a su hija? Nick Valentine era empresario y eso era lo que más le importaba en el mundo, como le había contado Jilly Valentine. La clase de hombre que bebía whisky en lugar de comer y se quedaba dormido viendo los deportes en televisión en lugar de atender a su hija después de un mes de ausencia.

La esperanza de haberlo juzgado mal murió en ese momento y Candace apretó a Jennie contra su pecho, deseando alejarse de aquel hombre.

Era hora de bañar a la niña, además.

Después, con Jennie bañada y en pijama, abrió el pequeño frigorífico donde guardaba los biberones que había esterilizado antes. De hecho, en aquella habitación tenía todo lo que un niño pudiera necesitar.

Nick Valentine era millonario, pero ¿en qué modo ayudaba eso a una niña cuyo padre mostraba tan poco interés por ella?

Candace hizo una mueca al ver que no quedaba ningún biberón... y se había dejado la medicina abajo, de modo que tendría que ir a buscarla a la cocina.

– Vuelvo enseguida, cielo.

Nick despertó sintiéndose desorientado.

La luz azul en medio de la oscuridad lo confundía y tuvo que parpadear varias veces para despertar del todo.

Jennie.

Nick se levantó de un salto. El cansancio del viaje no era excusa para su desgana por ver a la niña. Si se hubiera quedado en Indonesia un mes más, Jennie no lo habría reconocido a su vuelta.

Subió la escalera, que le pareció interminable, pero la puerta de la habitación de Jennie estaba cerrada y dejó escapar un suspiro de alivio. La niñera debía haber vuelto y Jennie estaría durmiendo.

Cuando asomó la cabeza oyó un ruido en la cuna... de modo que estaba despierta. Una rápida mirada alrededor le dijo que los ositos habían desaparecido... y en la mecedora que Jilly había insistido en comprar no había nadie. Jennie estaba sola.

¿Dónde demonios estaba la nueva niñera de la que tanto hablaba su hermana?

Nick se acercó a la cuna pero vaciló cuando iba a tomar a la niña en brazos.

– Hola, Jennie.

Jennie lo miró con sus enormes ojazos. Un mes antes eran azul oscuro, pero se habían aclarado.

Los ojos de Jilly eran azul zafiro; en cambio, los suyos eran de un azul más oscuro. Pero los de Jennie eran de un azul totalmente diferente, casi grisáceo.

De nuevo, Nick experimentó una punzada de miedo.

Se miraron durante unos segundos y cuando Jennie levantó una manita, Nick tragó saliva. ¿Qué importaba el pasado? Aquella niña era inocente de todo.

Rozó su mano con un dedo y, de repente, Jennie se agarró a él. Nick contuvo el aliento. El silencio en la habitación era total, el momento intenso.

Se aclaró la garganta, diciéndose a sí mismo que estaba pensando tonterías. Y, sin embargo, tenía la sensación de que algo había cambiado y Jennie apretaba su dedo con fuerza...

Era demasiado.

Nick apartó la mano y se dirigió a la puerta con la cabeza baja, desesperado por escapar.

Pero antes de que saliera, la puerta se abrió y algo duro lo golpeó en la cabeza.

— ¿Pero qué...?

Nick se encontró mirando el rostro más angelical que había visto nunca. Unos ojos grises, una nariz respingona, unos labios carnosos y una cascada de rizos rubios.

— ¿Siempre entra en los sitios sin mirar? —le espetó, frotándose la frente.

Candace miró, horrorizada, al hombre que se interponía en su camino.

Nick Valentine.

Y debía haberlo dicho en voz alta sin darse cuenta.

— Por supuesto. ¿A quién esperaba?

— Pues...

Candace observó sus facciones: mandíbula cuadrada, nariz larga, una pequeña cicatriz en una ceja que le daba un aspecto peligroso y unos ojos de un azul tan oscuro que parecía casi negro. Era mucho más alto de lo que parecía en las fotos, al menos metro noventa.

Y de cerca tenía un aspecto mucho más imponente.

– Pensé que seguía abajo, durmiendo. Lo siento.

– Me va a salir un chichón del tamaño de un huevo – protestó él, pasándose la mano por la frente.

– Lo siento, de verdad. Debería ponerse un poco de hielo.

– ¿Que me ponga hielo? ¿Eso es todo lo que tiene que decir?

Estaba furioso, eso era evidente. El primer encuentro con su jefe no podía haber empezado peor.

– Ha sido un accidente...

– Debería mirar por dónde va.

Lo injusto de la acusación hizo que se pusiera colorada.

– Ha sido usted el que ha chocado conmigo.

– ¿Y con qué me ha golpeado?

– Con un bote de jarabe – Candace se lo mostró.

– ¿Un bote de jarabe? – repitió él, incrédulo.

– Lo siento mucho, de verdad.

Estando tan cerca de él le resultaba difícil pensar con claridad. Nick Valentine era más fuerte de lo que había creído. No era el cuerpo de un hombre que estaba todo el día detrás de un escritorio.

Pero ¿por qué pensaba en el cuerpo de Nick Valentine? No estaba dándole una buena impresión, de modo que se irguió todo lo que pudo. Si Nick Valentine dudaba de su profesionalidad, la despediría sin dudarle un segundo.

– ¿Por qué ha subido a la habitación a estas horas?

Él no contestó. Estaba estudiándola atentamente y, en la semioscuridad del dormitorio, no podía ver su expresión. ¿Se daría cuenta de que estaba nerviosa?

– Tú eres Candace.

– Sí, soy yo. Y usted es Nick Valentine.

– Tienes ventaja sobre mí, yo no conozco tu apellido.

–Morrison – dijo ella, esperando su reacción.

Pero nada cambió en sus enigmáticos ojos de color azul oscuro. Su nombre no significaba nada para él y tuvo que hacer un esfuerzo para no suspirar. Cuanto más tiempo siguiera sin saberlo, mejor para ella.

Candace pensó entonces que merecía saberlo, pero decidió olvidar sus escrúpulos. Si fuera la clase de hombre que se preocupaba por su hija, las cosas habrían sido muy diferentes.

Y, justo en ese momento, Jennie lanzó un grito de protesta desde la cuna.

Capítulo 2

A Candace le hubiera gustado besar a Jennie tras el breve tiempo que había estado separada de ella.

Nick entró de nuevo en la habitación y ella lo siguió.

– ¿Qué le pasa?

– Nada, que está cansada y quiere su biberón – Candace tomó a Jennie en brazos y se la ofreció a Nick, pero él vaciló –. Sujétela un momento mientras yo preparo el biberón. Si no, seguirá llorando y despertará a todo el mundo.

Como si la hubiese entendido, Jennie empezó a protestar con más fuerza y Nick la sujetó torpemente.

– Si la sujeta con un poco más de firmeza, dejará de llorar.

Candace empezaba a pensar que aquel hombre no había tenido nunca a Jennie en brazos. Pero eso no era posible. Y, sin embargo, no parecía en absoluto cómodo con su propia hija.

Pobre Jennie, pensó. Y no por primera vez. Pobrecita huérfana. Nick era un empresario ambicioso que pasaba más tiempo trabajando que con su hija. Tener una niñera veinticuatro horas hacía muy fácil descargar en otros sus responsabilidades.

Pero Candace no estaba preparada para analizar las emociones que sintió al pensar eso.

– Ponga una mano aquí – le indicó, sujetando su muñeca para ponerla bajo el culete de Jennie – y la otra aquí...

– Es mi hija. Sé cómo sujetarla.

– No, no lo sabe – replicó ella –. Dé un paseo, así se calmará.

Nick la fulminó con la mirada, pero hizo lo que le pedía.

El llanto de Jennie obligó a Candace a preparar el biberón a toda prisa aunque, afortunadamente, los gritos pronto pasaron a ser suspiros. Candace no se detuvo para ver qué había provocado el cambio.

Cuando el biberón estuvo listo, se volvió y vio a Nick moviendo un montón de llaves frente a la carita de Jennie. Pero cuando las agarró e intentó llevárselas a la boca, Nick no parecía saber qué hacer y, al verla a su lado, dejó escapar un suspiro de alivio.

– Encárgate tú, por favor.

Normalmente, Candace lo habría hecho encantada. Le gustaba darle el biberón y el último del día se había convertido en un pequeño ritual para las dos, con el tic-tac del antiguo reloj de pared en una esquina, la mecedora y el cuerpecito de la niña apretado contra su pecho. Eran unos momentos que recordaría para siempre.

Pero estaba claro que Nick Valentine quería librarse de la niña lo antes posible. Y le parecía increíble. Nick era su padre después de todo.

Aunque parecía haberse olvidado de su hija durante todo un mes.

Candace decidió hacerle ver lo que estaba perdiéndose. Nadie sabía mejor que ella lo que era anhelar un hijo...

– Siéntese en la mecedora.

– ¿En la mecedora? – repitió él, mirándola con cara de susto.

Por su expresión, parecía que hubiera dicho la silla eléctrica.

Candace tuvo que sonreír al ver al millonario dejándose caer sobre la mecedora de color violeta con almohadones de colores. Si los miembros del consejo de administración pudiesen verlo en aquel momento...

– Normalmente, hay que echarse una gotita en la muñeca para comprobar que está a la temperatura adecuada. Pero ya lo he hecho y Jennie está a punto de perder la paciencia.

La niña movía los bracitos furiosamente y cuando Nick le ofreció el biberón, Jennie se agarró a él como si fuera un salvavidas. Ver sus deditos al lado de la enorme mano de su padre hizo que Candace sintiera una extraña presión en el pecho.

Con la cabeza inclinada, concentrado en la niña en ese momento, se sintió excluida. Durante semanas, Jennie había sido su responsabilidad y esos momentos habían sido para ella sola.

Pero Nick Valentine se los había usurpado...

Entonces Nick levantó la cabeza y su expresión dejó a Candace sin aliento. En sus ojos había una extraña intensidad... mezclada con algo más esquivo, más indefinido.

Durante semanas había estado furiosa con él por abandonar a su hija. No había esperado sentir empatía por él, ni ver un brillo de miedo en sus ojos.

Por primera vez, vio a Nick Valentine como algo más que un millonario siempre ocupado o el padre de Jennie. También era un hombre. Un hombre atormentado por la pérdida de su esposa... un hombre que tenía la carga de criar a su hija solo.

No podía ser fácil para él y lo que debía hacer era darle unos minutos de privacidad para que lidiase con los demonios que lo perseguían. Candace se dirigió a la puerta.

—Voy a buscar hielo para el chichón.

La niña se había quedado dormida.

Nick estudió el bulto que tenía entre los brazos, que irradiaba calor contra su corazón. Su cuerpecito estaba tan caliente que casi se había quedado dormido él también. Y, sin duda, el largo vuelo no ayudaba nada.

Parpadeando para salir de ese letargo, se levantó y dejó a Jennie en la cuna con mucho cuidado, cubriéndola con una mantita. Y, afortunadamente, la niña no despertó.

Bostezando, apagó la luz y salió de la habitación.

La niñera, Candace, se acercaba por el pasillo en ese momento.

—Siento haber tardado tanto. No encontraba las bandejas de hielo —le dijo, ofreciéndole una bolsa.

—Da igual, Jennie está dormida. Se ha quedado dormida en un segundo.

Candace sonrió y esa sonrisa transformó su rostro. Los serios ojos grises brillaban como si tuvieran puntitos de plata...

—Sí, es asombroso lo rápido que se duerme.

Conteniendo el deseo de quedarse mirándola como un tonto, Nick pasó a su lado pero ella puso una mano en su brazo.

—Deje que le ponga hielo en la frente.

Nick experimentó algo parecido a una descarga eléctrica. Apenas estaba tocándolo pero cuando la miró a los ojos fue como si mirase las tranquilas aguas de un lago y tuvo que sacudir la cabeza para apartar de sí tan absurda ilusión.

Era el *jet lag*, seguro.

—Estoy bien —dijo bruscamente.

Candace parpadeó, rompiendo el hechizo de sus ojos.

—Diez minutos serían suficientes. Así no le saldrá un hematoma.

—Muy bien, de acuerdo —asintió él por fin—. Y así no tendré que dar explicaciones.

Ella parecía a punto de disculparse de nuevo, pero no era eso lo que quería. Se había relajado un poco mientras le daba el biberón a Jennie y no quería preocuparla; al contrario, quería verla sonreír. Esa sonrisa generosa y espontánea que iluminaba toda su cara... y lo hacía sentir como si hubiera visto un rayo de sol en medio de la noche.

—No te preocupes... hace falta algo más que un chichón para matarme —bromeó.

Con desgana, se dejó caer sobre el sofá y apoyó la cabeza en los almohadones. Estaba tan cansado.

Algo frío en la frente hizo que diera un respingo.

—Intente no moverse —escuchó la voz de Candace—. Lo sujetaré así durante diez minutos.

A pesar de la presión y el frío, Nick empezó a relajarse. Era la primera vez en semanas que no hacía absolutamente nada.

—¿No está demasiado frío?

—Al menos, evita que me duerma.

Ella rio; era un sonido alegre, juvenil. Nick olvidó el frío de la bolsa y notó el olor a polvos de talco, a gel y a algo más sexy que parecía envolverla.

La punzada de deseo que sintió en ese momento lo sorprendió. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que experimentó algo así? Y con una mujer a la que no conocía... la niñera de su hija, por el amor de Dios.

Debía de estar desesperado.

Sí, estaba desesperado.

¿Cuánto tiempo había pasado desde...?

—Relájese, tiene los hombros muy tensos. ¿Quiere que le dé un masaje? —la seductora voz del ángel interrumpió sus pensamientos.

—No —Nick cerró los ojos de nuevo. Aquella chica lo atraía demasiado y si lo tocaba...

Su cuerpo reaccionó inmediatamente ante la idea de sentir las manos de Candace sobre su piel. Si ella miraba hacia abajo vería el humillante efecto que provocaba su proximidad...

Maldita fuera. Estaba atrapado hasta que pudiera contener sus impulsos.

Candace se inclinó para ajustar la bolsa de hielo y Nick notó su aliento en la cara.

—Es tarde. ¿Por qué no se va a la cama?

—Quiero entrar a ver si Jennie está bien antes de hacerlo —respondió ella. Su voz tenía un tono diferente, más serio. Y Nick echaba de menos el tono preocupado, cariñoso.

Pero enseguida volvió a la realidad.

Lo excitaba la niñera de su hija. Genial, era como una mala comedia. Nick jamás tocaba a sus empleadas... ni seducía a sus secretarias.

¿Qué le estaba pasando?

—Yo sujetaré la bolsa de hielo, no te preocupes —dijo con voz ronca.

Pero la bolsa de hielo resbaló y abrió los ojos para intentar sujetarla.

Candace se había movido y estaba delante de él, mirándolo.

—Debería ir a ver a Jennie...

—Sí, debería —asintió Nick.

Totalmente despierto, se aclaró la garganta.

—Gracias por el hielo.

Ella alargó la mano cuando Nick estaba incorporándose en el sofá y chocaron sin querer. Candace rio, incómoda. Pero Nick no sonrió. Nunca había tenido menos ganas de reír.

—Lo siento...

—Lo siento...

Por fin, los dos soltaron una carcajada, pero Candace dejó de reír cuando sus ojos se encontraron. Nick no sabía cómo había ocurrido, pero había dado un paso adelante y ella no había dado un paso atrás. Y no habría podido evitar lo que pasó después aunque hubiese querido...

Sus labios eran suaves. Los labios más suaves que había besado nunca.

Y era tan dulce. Besaba la comisura de sus labios, conteniéndose para no agarrarla por los hombros y apretarla contra él.

En lugar de eso, se concentró en el punto de contacto: sus labios.

Pero no era suficiente y, sin pensar, levantó las manos para tomar su cara...

— ¡No! — exclamó Candace.

Nick bajó las manos inmediatamente. Estaba temblando y no era el único. Ella respiraba con dificultad, la bolsa de hielo entre las manos.

Maldita fuera. ¿Había perdido la cabeza?

— Esto no debería haber ocurrido.

— No, desde luego — murmuró ella.

— Y no volverá a ocurrir — le prometió Nick, dirigiéndose hacia su habitación —. Yo que tú no perdería el sueño por esto. Desde luego, yo no pienso hacerlo.

Nick llegó a su ala de la mansión y entró en el lujoso cuarto de baño para quitarse la ropa. Estaba nervioso, incapaz de dormir después de lo que había pasado.

Apoyó las manos en la encimera del lavabo e inclinó la cabeza, intentando llevar aire a sus pulmones.

¿Qué había pasado?

En la última media hora había experimentado una serie de emociones totalmente nuevas para él: vulnerabilidad cuando abrazó a Jennie y luego, mientras le daba el biberón, la certeza de que aquella cosita tan pequeña dependía de él para todo en la vida.

Y la necesidad de salir de la habitación antes de que su mundo se pusiera patas arriba. Para encontrarse al borde de un precipicio de la manera más inesperada.

Temblando, revivió el torrente de deseo que había despertado Candace. Pero en lugar de alejarse, como debería haber hecho, la había besado.

Nick levantó la cabeza para mirarse al espejo.

No parecía el mismo hombre sensato y formal que todo el mundo conocía. Pero el cambio no estaba en su cara, estaba en sus ojos.

¿Sería el inesperado lazo que estaba forjando con Jennie? ¿O la niñera angelical había despertado un demonio en él?

Nick no quería saberlo.

Un grito en el monitor a las dos de la mañana despertó a Candace, que se levantó de un salto y corrió a la habitación de Jennie.

—No pasa nada, cariño —murmuró, tomando a la niña en brazos.

Pasear un rato la calmó un poco, pero enseguida empezó a llorar de nuevo.

Candace dejó a Jennie en el cambiador y buscó el termómetro en el botiquín. Mientras hablaba con la niña intentando calmarla, le quitó el pañal para ponerle el termómetro.

—Lo siento, cielo. Sé que prefieres el termómetro timpánico, pero aún te duelen un poco las orejitas.

Afortunadamente, no tenía fiebre. Rápidamente, Candace le puso un pañal limpio y luego empezó a pasear de nuevo por la habitación, intentando calmarla.

—Y yo convencida de que no iba a perder el sueño esta noche...

Entonces recordó el placer que había sentido entre los brazos de Nick Valentine... y el pánico que había sentido inmediatamente después.

Debía haberle comunicado su miedo a la niña porque, de repente, el llanto de Jennie se convirtió en un alarido. Y, unos segundos después, se abrió la puerta de la habitación.

Nick Valentine estaba allí, su oscura silueta recortada contra la luz del pasillo. Cuando encendió la luz de la habitación, Candace parpadeó para acostumbrarse. Nick llevaba un pantalón de chándal, el torso desnudo, el cabello despeinado.

Le había dicho que él no tenía intención de perder el sueño por lo que había pasado...

Pero al verlo su pulso se aceleró.

Qué tonta.

Candace apartó la mirada cuando Jennie empezó a gritar con más fuerza.

—Déjame... a lo mejor yo consigo calmarla.

Ella tragó saliva.

«Olvídate del beso», se dijo. Aquel hombre era su jefe, el padre de Jennie. De modo que, sin decir nada, Candace le pasó a la niña.

Y, de inmediato, la niña dejó de llorar. Abrió mucho los ojos, mirando al hombre que la sostenía, y luego levantó una manita para tocar el vello de su torso.

Nick no dijo nada.

Jennie rio.

Y a Candace le entraron ganas de llorar.

Estaba claro que la niña apenas conocía a su padre.

«¿Y qué voy a hacer yo?», se preguntó a sí misma. ¿Podía dejar a Jennie con un hombre que no tenía tiempo para su hija? ¿Un hombre a quien le importaba tan poco que ni siquiera había encontrado tiempo para llamar por teléfono cuando estaba enferma?

Nick Valentine tenía que hacerse responsable de su hija.

—Mañana habrá que llevarla al médico de nuevo —empezó a decir.

—No parece que esté enferma —dijo él.

¿Había visto a Jennie unos minutos después de todo un mes fuera de casa y, de repente, era un experto en pediatría?

Por mucho que quisiera hacerlo, Candace no se atrevió a decirlo en voz alta. Nick Valentine era su jefe y lo último que deseaba era que la despidiera.

Además, tal vez tenía razón. Jennie no parecía enferma y no tenía fiebre. Pero él no la había visto ardiendo o sufriendo convulsiones. No había experimentado el miedo y la impotencia que habían hecho sollozar a su hermana en el hospital.

Nick no podía entenderlo porque estaba a miles de kilómetros de distancia, comprando muebles de jardín para ganar dinero.

Pero culparlo no iba a solucionar la situación. Candace dijo con forzada calma:

– No me gusta que esté tan inquieta.

– Entonces pide hora para el médico.

– ¿A qué hora le viene bien?

– ¿Qué?

– ¿A qué hora le viene bien ir al médico? – repitió Candace—. ¿O debería preguntarle a su ayudante?

– No, yo no puedo ir. Tengo muchas cosas que hacer mañana.

Ah, claro, por supuesto. Pobre Jennie.

– Tiene que ir – insistió Candace—. Es usted su padre y la niña ha estado enferma.

– ¿Qué le pasaba exactamente?

– Tenía una infección de oídos, con convulsiones y una fiebre altísima... tuvo que ser hospitalizada.

Y así había entrado ella en la vida de Jennie. Candace no se había parado a dar las gracias al destino por ponerla en el camino de Jennie Valentine, pero debería haberlo hecho.

– Habría vuelto si...

«Si hubiera sido lo bastante importante».

Candace lo interrumpió con un gesto. No estaba interesada en sus excusas y él, empujado por su propio sentimiento de culpa, por sus propios demonios, no sabía qué decir.

– Jennie necesita que esté con ella. Y yo quiero asegurarme de que la infección no ha vuelto. ¿No querrá que Jennie pierda el oído de por vida?

Nick la miró con una expresión indescifrable.

– Muy bien, de acuerdo. Pide cita en el médico y envíame un mensaje para decirme la hora. Nos encontraremos allí.

– Jennie se lo agradecerá.

La niña no sabía la importancia de aquel momento pero en años venideros, al menos Candace se consolaría pensando que había obligado a Nick Valentine a hacerse cargo de su hija.

Algo en la expresión de la niñera molestaba a Nick.

Enfermera, se corrigió a sí mismo. Su hermana le había dicho que Candace era enfermera. Francamente, le daba igual lo que fuera mientras dejase de afectarlo de ese modo.

Hacía todo lo posible para fingir que su proximidad no lo alteraba. Se obligaba a sí mismo a ser frío, distante, pero no estaba funcionando. Solo tenía que respirar su perfume y, de repente, sentía un abrumador deseo de abrazarla.

Pero no podía ser.

Si pudiera pensar en ella como la niñera, o la enfermera de Jennie, y no como Candace, la mujer de rizos rubios y ojos transparentes que estaba a un metro de él con un pijama de rayas rosas...

Nick miró el monitor, que sobresalía del bolsillo del pijama, y dijo con cierta desesperación:

— Me alegro de que ese aparato funcione... debes haber subido corriendo para llegar tan rápido.

— No, yo duermo en la habitación de al lado.

¿En la habitación de al lado?

— ¿No te alojas en la habitación de la niñera?

Candace negó con la cabeza.

— El pediatra y yo estuvimos de acuerdo en que sería mejor dormir lo más cerca posible de la niña. Y su hermana estuvo de acuerdo también. Esta casa es tan grande... era una tontería dormir tan lejos.

— Sí, claro.

— Estoy aquí para cuidar de su hija, señor Valentine. Mientras la niña esté sana y feliz, ¿qué más da dónde duerma?

Nick no podía decirle lo que pensaba: que saber que dormía a unos metros de él lo volvería loco.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Pero al menos se sentiría tranquilo sabiendo que Jennie estaba bien cuidada, intentó consolarse a sí mismo. Aunque su cuerpo estuviera en alerta roja.

Y él pensando que iba a dormir a pierna suelta...

Capítulo 3

Al día siguiente, Candace miró el reloj por enésima vez en cinco minutos. Eran las doce y veinte...

¿Dónde estaba Nick?

Jennie reía mirando a dos mellizos idénticos sentados frente a ella en la consulta del pediatra. Habían entrado varios pacientes antes que ella porque decidió esperar a que llegase Nick Valentine... pero llevaba cuarenta minutos esperando. Por lo visto, no tenía intención de acudir a la consulta, como había prometido.

Lo había llamado varias veces, pero siempre saltaba el buzón de voz.

Debería haberlo imaginado. Le había dicho que estaba muy ocupado, pero había creído ingenuamente que esta vez lo dejaría todo para estar con su hija.

¿De verdad pensaba ir o le había dicho que se encontrarían en la consulta solo para que lo dejase en paz?

Daba igual la excusa que inventara después, nada borraría la desilusión que sentía en ese momento.

Intentaba convencerse a sí misma de que esa desilusión no tenía nada que ver con la atracción que sentía por él. Se decía a sí misma que era por Jennie.

No apareciendo en la consulta del pediatra, y no llamando siquiera para decir que no podía ir, Nick había decepcionado a su hija una vez más.

Con su rostro redondo y su complejión sanguínea, el hombre de barba blanca sentado tras el antiguo escritorio parecía Santa Claus.

Nick había pensado lo mismo cuando conoció a Desmond Perry... hasta que descubrió que el propio diablo estaba detrás de esa máscara. Ahora no entendía cómo no había visto antes la mirada helada de aquel hombre.

—El último pago —le dijo, dejando un cheque sobre el escritorio.

Había sido una gran satisfacción ir allí, a la guarida de Desmond Perry, para decirle eso.

—Y no me quedó a tomar café —añadió, aunque el otro hombre no se lo había ofrecido— porque tengo una cita importante.

Desmond dejó su bolígrafo de oro sobre la mesa.

– Debes saber que pienso vender mis acciones en la empresa Valentine.

– ¿Qué?

– Que voy a vender mi parte del negocio en cuanto el testamento de Jilly esté verificado.

¿Su parte...? Por un momento, Nick miró a su ex suegro con expresión incrédula. Entonces lo entendió. Desmond estaba hablando de las acciones de Jilly. Las acciones que él mismo le había regalado a su mujer. Unas acciones que Jilly le dejaba a su padre en el testamento.

Tras la repentina muerte de Jilly, debida a un extraño virus, Desmond no tenía que seguir fingiendo lealtad hacia el yerno que había comprado para su hija pero que nunca le había gustado. Tal vez había sido culpa suya, tuvo que reconocer Nick. Él nunca había sido capaz de ser el títere que Desmond esperaba que fuese.

Durante siete años había trabajado día y noche para mantener los astronómicos pagos y volver a comprar la tienda que Desmond le había robado a los mentores de Nick, Bertha y Henry Williams.

Dándole a Nick un trabajo, Bertha y Henry lo habían salvado de muchos problemas cuando era un adolescente. Y aunque pronto montó su propio negocio, no podía quedarse de brazos cruzados viendo cómo perdían la tienda que tanto amaban... y la casa que estaba en la parcela.

Y Desmond lo sabía.

Desmond Perry lo había preparado todo. El precio que pedía por el negocio no era solo poco realista, era una extorsión. Pero, además, exigió que se casara con Jilly.

Nick había querido negarse, pero el infarto de Henry y el terror de Bertha habían hecho que aceptase tan terribles condiciones.

Una vez que firmó el contrato, le devolvió a Henry y Bertha su hogar, pero ése no había sido el final.

Su nuevo suegro había esperado que no pudiese hacer los pagos, triunfando así sobre el yerno al que tanto detestaba.

Pero Nick lo había hecho.

Acababa de hacer el último pago y lo había hecho sin poner en peligro su propia empresa. Sí, eso había retrasado sus planes de expansión, pero seguía siendo un hombre rico.

Y ahora, cuando por fin la primera luz de libertad aparecía en el firmamento, Desmond acababa de soltar otra bomba.

– El acuerdo de separación de bienes estipulaba que una vez que se hubieran hecho todos los pagos, yo tendría derecho a vetar la venta de las acciones de Jilly... si algún día quería venderlas.

– Mi hija ha muerto – dijo Desmond –. No hiciste todos los pagos mientras ella vivía y el derecho a veto ha muerto con ella. Sus acciones son mías ahora y no tengo intención de esperar hasta que puedas reunir el dinero – su ex suegro sonrió –. La cadena no ha crecido tanto como yo esperaba, de modo que voy a vender.

Nick tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse, para no defender su trabajo, para no revelar su sorpresa ante tal revelación.

– ¿Ya tienes un comprador?

– Por supuesto.

Alison le había dicho que Richard y ella tenían una oferta por sus acciones. ¿Qué era aquello, una conspiración?

– Bueno, pues tendrá que esperar a que el testamento se valide.

– Mis compradores no tienen prisa.

– ¿Quiénes son? ¿Una cadena de invernaderos o algo así? – Nick intentó imaginar quién tendría esa cantidad de dinero en aquel momento de crisis.

– ¿Por qué iba a ser un invernadero? La parcela vale una fortuna.

– ¿Una constructora? ¿Estás pensando vender las acciones a una empresa que tirará los centros de jardinería para construir apartamentos?

Desmond lo miró con un brillo de triunfo en sus ojos.

– La constructora que tengo en mente está dispuesta a pagar una fortuna.

El establecimiento del centro de Auckland estaba situado en una zona donde el precio por metro cuadrado era elevadísimo y los demás estaban igualmente bien situados. A cualquier constructora le encantaría poner las manos en esas parcelas.

Nick podría haber vendido alguna de ellas para contar con liquidez, pero ése era el último recurso. Era algo que nunca había contemplado seriamente, por difícil que fuese lidiar con Desmond.

Porque eso significaría cerrar los establecimientos y no solo los empleados se quedarían sin trabajo, las comunidades en las que estaban situados también perderían dinero. Cada establecimiento contaba con jardines, cafés donde los clientes podían relacionarse, patios de juego para niños y hasta kioscos de música. Los establecimientos de jardinería Valentine ofrecían una gran variedad de cosas a todos los que pasaran por allí.

Para hacerle daño, Desmond quería destruir el centro de ocio que Nick había construido porque sabía que eso era lo que más daño le haría.

Desmond Perry lo conocía demasiado bien.

—¿Venderías tus acciones para que algún amigo tuyo pudiera construir apartamentos?

Su ex suegro volvió a sonreír.

—Suenan bien, ¿no?

Nick tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no darle un puñetazo.

El espacio verde que Henry Williams había construido y perdido siete años antes sería el primero en ser derruido, no tenía la menor duda.

Furioso, dio un paso adelante... pero se contuvo al ver el reloj de la pared.

Jennie.

Debería haber llegado a la consulta del pediatra quince minutos antes... iba a perderse la oportunidad de hablar con el médico sobre la infección de oídos de la niña.

Iba a sacar el móvil del bolsillo para llamar a Candace... pero no lo tenía con él. Nick recordó entonces que lo había dejado en el coche.

—Podemos hablar de un plan alternativo.

Distraído, Nick miró a su ex suegro con el ceño fruncido. Si se iba en aquel momento tal vez llegaría a tiempo. Candace estaría furiosa con él y era lógico...

Tomando la chaqueta, que había dejado sobre el respaldo de una silla, se dio la vuelta...

—¡Nick! Si te vas, empezaré a negociar la venta de mis acciones.

Desmond se había levantado del sillón y lo miraba con expresión furiosa.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

– Haz lo que quieras, yo me marchó. Tengo algo importante que hacer.

Nick vio que la rabia oscurecía el rostro de Desmond. De repente, el otro hombre ya no se parecía nada a Santa Claus.

Capítulo 4

Candace estaba furiosa con él.

No le había dicho nada, pero era evidente por su expresión, incluso por su erguida postura. Nick hubiera preferido que le echase una bronca, que le dijera lo que pensaba. Ese gesto de desaprobación era mil veces peor.

Cuando salieron de la consulta, Nick le había dado las llaves del Ferrari al señor Busby, su chófer, para meter a Candace y Jennie en el más conservador Daimler, donde había sitio para la sillita de seguridad.

Había querido invitarla a un café en el establecimiento de jardinería Valentine más cercano a la consulta, y el más sofisticado. Esperaba que los bonitos jardines y el agradable ambiente calmasen su enfado. Además, sabía que le debía una explicación.

—Lo siento —dijo por fin, cuando se detuvo en un semáforo.

—¿Perdón? —ella giró la cabeza, sorprendida.

De manera incongruente, el calor que vio en esos ojos grises hizo que de nuevo sintiera una punzada de deseo.

—Lo digo en serio.

Nunca se había disculpado ante Jilly en sus siete años de matrimonio. Ni por llegar tarde a casa ni por dejarla sola en alguna de las fiestas de sociedad que eran tan importantes para ella. Ni siquiera cuando se perdió el parto de Jennie, aunque ésa fue la única ocasión en la que estuvo a punto de hacerlo.

Pensaba que no tenía sentido disculparse ante la mujer que había convencido a su padre para que atrapase al novio que quería a toda costa. Decir «lo siento» habría sido una mentira.

Pero aquello era diferente.

—Imagino que habrá tenido algún problema en el trabajo.

Nick pensó en la amenaza de Desmond de vender las acciones de Jilly mientras volvía a arrancar el coche.

—Sí, algo así.

—Es lo que esperaba, no se preocupe.

Fue el tono de derrota en su voz lo que hizo que Nick la mirase durante un segundo, sorprendido.

– Pero he venido, ¿no?

– Cuando ya casi había terminado la consulta.

– La niña está bien. El médico dice que la infección está curada del todo.

– Pero ¿y si no hubiera sido así?

Su tono estaba lleno de rabia, de decepción... y de algo más que no podía descifrar.

¿Por qué era tan importante para ella?

Se sintió un poco avergonzado, pero cuando llegaron al aparcamiento, quitó la llave del contacto y decidió cambiar de tema.

– Éste es uno de mis establecimientos, el más grande. Incluso tiene un café frente al lago... deja que te invite a un refresco.

– Señor Valentine...

– Nick – dijo él.

– Nick, no necesito que me invites a nada. Necesito que estés al lado de Jennie.

– Tal vez a Jennie le gustaría ver a los patitos.

– ¿Ésa es la razón por la que estamos aquí? ¿Quieres que Jennie vea a los patitos?

– Bueno, había pensado que te debía una disculpa... pero es un buen sitio para la niña. Le va a encantar.

Y lo decía de corazón. Estaba deseando ver la reacción de su hija.

El nacimiento de Jennie había hecho que se diera cuenta de todo lo que iba mal en su vida. Empezando por su falso matrimonio con Jilly, un trato que jamás debería haber aceptado.

– Nick... tenemos que hablar.

Él asintió con la cabeza.

No debería haberse dejado llevar por el absurdo impulso de besarla. A saber qué habría pensado... y si además la llevaba a tomar un refresco...

—Solo quiero pedirte disculpas por llegar tarde —le explicó—. Esto no es una cita ni quiero que nuestra relación sea más personal. No tienes que preocuparte por eso.

Mentía. A pesar de sus promesas, quería besarla de nuevo. De hecho, no pensaba en nada más.

Pero era buena para Jennie y la necesitaba por la niña. No podía meter la pata, no podía dejar que se fuera.

—No había pensado que esto fuera una cita —dijo Candace.

—¿Entonces de qué quieres hablar?

—De ti y de Jennie... pero tal vez no sea un buen momento. La niña está empezando a protestar.

Candace salió del coche como alma que lleva el diablo y Nick apretó los dientes. Muy bien, se había equivocado. Candace no pensaba en sexo mientras él solo podía pensar en repetir el error que había cometido por la noche.

Pero a él no le parecía un error. ¿Un gesto poco profesional? Sí, desde luego. ¿Pero un error? No, en absoluto.

Nunca se había sentido atraído por alguien que trabajase para él.

Y, sin embargo, deseaba a la niñera de Jennie.

Estaba seguro de que Candace lo deseaba también, pero ella quería hablarle de la niña. Y él no quería hablar de eso. Él nunca hablaba de Jennie... o de sus sospechas de que en realidad no fuera su hija.

Cuando por fin salió del coche, Candace ya había sacado a Jennie de la sillita de seguridad, de modo que él se encargó de sacar el cochecito del maletero.

Pero cuando intentó meter a Jennie en el cochecito, la niña dejó escapar un grito de protesta.

—Oye, para ya —la regañó.

Las objeciones de la niña se hicieron más estentóreas.

Nick miró a Candace pidiendo ayuda, pero ella se cruzó de brazos. Muy bien, iba a tener que hacerlo solo.

– Vamos, señorita, solo quiero que vayamos a dar un paseo.

Jennie lanzó un grito. Estaba claro para Nick, y para cualquier que pasara por allí, que no tenía intención de someterse.

Hora de cambiar de táctica.

– Después de ir a ver a los patitos, te llevaré al café y te compraré... un helado.

Jennie recibió el chantaje con el desprecio que merecía y, sencillamente, siguió gritando.

– Qué carácter.

Jennie dejó de gritar abruptamente y lo miró muy seria. Y luego hizo un puchero fabuloso.

Riendo, Nick se inclinó para darle un beso en la regordeta mejilla. Era suave como un melocotón y, de repente, sintió una extraña opresión en el pecho.

¿Qué importaba que no fuera su hija biológica? Nadie más que él sabría que Jilly lo había engañado con otro hombre.

No tenía sentido mantener las distancias. Jennie no merecía sufrir, ella solo era una víctima inocente de un matrimonio equivocado.

– Eres un personaje – murmuró, impresionado. La niña sonrió y, por fin, dejó que la sentase en el cochecito. Y cuando lo miró con sus ojazos azules, Nick sintió que se había enamorado—. Y, además, eres una rompecorazones.

Candace los observaba, en silencio. Le pareció ver en sus ojos un brillo de... ¿anhelo? Pero el brillo desapareció enseguida.

¿Sería posible que estuviera tan dispuesta como él a llevar su relación a su conclusión inevitable?

Nick sospechaba que Candace querría algo más que sexo. Y aunque nunca podría contarle la razón por la que había mantenido las distancias con Jennie, sí podría ayudarlo hablar sobre la precaria situación en la que estaba su empresa. No sería fácil compartir eso porque él siempre había solucionado solo sus problemas, a su manera, sin compartírselos con nadie.

Pero tal vez había llegado el momento de hacerlo.

La idea de compartir sus problemas con Candace se volvió más atractiva mientras la seguía por el camino que llevaba al lago. No podía dejar de fijarse

en la curva de su trasero bajo el vaquero negro, en sus largas piernas, en cómo la brisa movía su pelo rubio.

Cuando llegaron a la orilla del lago, Candace sonrió.

—Es un sitio precioso —le dijo, inclinándose para mirar a Jennie—. ¿Ves los patitos, Jennie?

Ah, por fin había hecho algo que ella aprobaba.

Su hija se echó hacia delante, señalando el agua con las manitas.

Por primera vez desde que salió de la oficina de Desmond, Nick empezaba a relajarse. Aquello podía funcionar. Había una posibilidad para ellos, para Jennie y para él.

Más que una posibilidad.

Tenía una responsabilidad hacia ella. Había aceptado donar su semen para que Jilly tuviera el hijo que siempre había querido... aunque Jilly pronto dejó de hablar del hijo de los dos para hablar de su hijo. Inicialmente, no había pensado que hubiera encontrado otro donante... o un amante. Sin embargo, cuando volvió de la clínica en la isla de Namkhet, estuvo seguro. No era su esperma el que había dejado embarazada a Jilly...

Pero ya todo eso daba igual. Lo único que importaba era la niña que estaba en el cochecito, gritando de alegría al ver los patos en el agua, tan alegre, tan llena de vida. La niña que todo el mundo creía que era su hija.

Nick miró a la mujer que estaba en cuclillas al lado del cochecito. Candace había dejado bien clara su opinión: él no merecía a Jennie.

¿Pero qué importaba su opinión? Lo único que tenía que hacer era aceptar a su hija. Había empezado a hacerlo y estaba siendo más fácil de lo que había imaginado.

Y la niña no sabía nada sobre la mentira. Para Jennie, él era el único padre que había conocido.

Nick juró entonces hacer todo lo posible para ser un buen padre. Le demostraría a Candace que estaba equivocada. Él era la única familia que tenía Jennie.

Un par de cisnes negros se deslizaban hacia ellos sobre el agua, sus largos cuellos elegantemente arqueados. Candace sonrió cuando Jennie empezó a mover los bracitos, emocionada. Incluso Nick tenía que sonreír al ver el entusiasmo de su hija.

—Lo siento, no tenemos pan —se disculpó Candace cuando los cisnes se detuvieron frente a ellos.

—Mira, también hay anguilas —dijo Nick—. ¿Lo ves, Jennie? ¿Quieres acercarte un poco más?

—No, está bien aquí —protestó Candace.

Pero él no le hizo caso y la sacó del cochecito.

—Ven, pequeñaja. Vamos a verlos de cerca.

Jennie empezó a balbucear, emocionada.

—No creo que sea buena idea...

—No seas tan aguafiestas.

Los patos salieron del agua y Nick sonrió mientras Jennie reía, encantada.

—Mira qué bien lo está pasando. La próxima vez traeremos pan.

—Nick, no te acerques tanto al borde —le advirtió Candace, nerviosa—. Esos de ahí son gansos y pueden ser muy agresivos.

—Jennie lo está pasando estupendamente y yo también.

Candace no sabía qué decir, aunque le preocupaba que la niña estuviera tan emocionada que parecía a punto de saltar al agua. Nick no la dejaría caer, pensó.

¿Entonces por qué no podía relajarse? Debería alegrarse de que Nick Valentine lo pasara bien con Jennie y, sin embargo, tuvo una extraña premonición al ver un trío de gansos acercándose a ellos.

Jennie lanzó un grito y los gansos se detuvieron.

—Ésa es mi chica. Diles quién manda aquí —bromeó Nick—. Mira, más patos...

—Cuidado, Nick —le advirtió Candace.

Por supuesto, él no le hizo caso.

—Yo solía dar de comer a unos patos como esos en un riachuelo cerca de la casa de mi abuela.

Candace hizo una mueca. Sabía muy poco sobre Nick y en los periódicos locales no contaban nada sobre su infancia.

— ¿Vivías con tu abuela?

— Sí, una mujer dura pero con un corazón de oro —respondió él—. Oye, ¿qué tal si vamos al café? Podríamos comprar un helado a Jennie.

Candace señaló el cochecito, rodeado de patos en ese momento.

— He traído zumo y una manzana troceada... si los patos no se la han comido.

— Pero sigo debiéndote un refresco y una disculpa.

Ella suspiró.

— Bueno, de acuerdo.

Además, de ese modo se alejarían del borde del lago y de sus nuevos amigos plumíferos.

Candace alargó los brazos para tomar a la niña y, aunque Nick vaciló durante un segundo, por fin se la entregó. Pero al dar un paso atrás tropezó con uno de los patos...

— ¡Cuidado!

Nick se lanzó hacia delante para tomar a Jennie con una mano mientras la sujetaba a ella con la otra y Candace se agarró a su camisa.

Durante un segundo, lo único que sintió fue el sólido torso masculino y los latidos de su corazón... antes de notar que estaban resbalando en el barro.

— ¡Cuidado! —gritó, apartándose.

Pero él no tuvo tiempo y terminó en el agua hasta las rodillas.

La niña ni siquiera lloró. Al contrario, parecía encantada señalando en el agua y balbuceando cosas ininteligibles.

Nick miró a Candace y soltó una carcajada.

A ella no le parecía en absoluto gracioso, pero al ver a Nick con el agua hasta las rodillas, su traje y sus zapatos italianos empapados, sintió una punzada de deseo.

¿Jennie había estado a punto de caer al agua y ella sentía deseo por Nick Valentine?

¿Qué le pasaba?

— Te dije que te apartaras de la orilla... hay demasiado barro.

— No te preocupes, Jennie está bien — Nick sonrió, acariciando la carita de la niña, que parecía estar pasándolo en grande.

— No tiene gracia, podría haberse caído al agua — insistió Candace.

— Yo no la habría soltado.

— Puede que no hubieras podido evitarlo.

— Te aseguro que no la habría soltado por nada del mundo — repitió Nick. Y era verdad; su corazón sabía que era verdad—. Para un momento, renacuaja, o acabaremos nadando.

— ¡Cuidado... los gansos!

Jennie estaba señalando con la manita a un ganso que se había acercado a ellos y cuando Nick levantó a la niña ya era demasiado tarde.

El ganso había abierto el pico y Jennie lanzó un alarido que heló la sangre en sus venas.

Candace se deslizó por el barro para acudir al rescate y el animal huyó despavorido.

— Deja que lo vea — murmuró, tocando el dedito enrojecido—. No le ha hecho sangre, menos mal. Pero tengo que limpiar la herida. A saber lo que habría en el pico de ese ganso...

— En el café hay un lavabo y llevo un botiquín en el coche — dijo Nick.

Candace lo fulminó con la mirada.

— Yo también llevo uno. Pero no deberías haber sacado a la niña del cochecito.

Él la miró, sorprendido.

— ¿Ahora es culpa mía? Jennie quería salir...

— Podía ver el lago perfectamente desde el cochecito.

– Estás exagerando...

– ¿Yo estoy exagerando? ¿Has terminado en el agua con la niña y estoy exagerando? La ha mordido un ganso...

– Los gansos no tienen dientes – intentó bromear Nick.

– Esto no tiene ninguna gracia.

– No es nada, seguro. Mira, como tú estás nerviosa, yo llevaré a Jennie al café para limpiarle el dedo...

– ¡Yo lo haré! Tú puedes empujar el cochecito.

Jennie seguía llorando mientras recorrían el camino hasta el café. El cuerpecillo que tenía en los brazos estaba rígido de ira.

Mientras esperaba que Candace volviese del lavabo, Nick no podía dejar de pensar en la expresión acusadora de Jennie.

Candace tenía razón, había sido culpa suya.

Por fin había logrado conectar con Jennie... y lo había estropeado. Nick se prometió a sí mismo que en el futuro pasaría más tiempo con la niña, inocente de las traiciones que habían rodeado su concepción. Y, aunque no le gustaba admitirlo, tenía que darle las gracias a Candace por abrirle los ojos.

Cuando Candace y Jennie volvieron del lavabo, la niña había dejado de llorar, totalmente concentrada en la tirita de Micky Mouse que su niñera le había puesto en el dedo.

Nick hizo una mueca.

– ¿Le duele mucho?

– No, solo lo tiene un poco enrojecido, pero no es nada.

– Menos mal.

Una camarera se acercó entonces para tomar nota y Candace pidió café y unas galletas.

– A Jennie le gusta mordisquearlas... le están saliendo los dientes.

Nick miró a la niña, que había cerrado los ojitos.

– Creo que las galletas tendrán que esperar, se está durmiendo.

Candace se inclinó hacia delante y, de nuevo, notó ese perfume suyo. Se estaba haciendo demasiado familiar, tanto como el efecto embriagador en sus sentidos. Nick respiró profundamente, conteniendo el deseo de apartar un rizo de su cara.

— El susto ha debido dejarla agotada.

— Ha sido una mañana muy larga para ella; la visita al médico, el viaje en coche, el aire fresco... y todo lo demás — dijo él, mirándola con expresión retadora.

Candace suspiró entonces.

— Hay algo que debes saber, Nick.

— ¿Qué?

— No he sido sincera contigo.

— ¿A qué te refieres? No irás a decirme que no eres ni niñera ni enfermera, ¿verdad?

— Soy enfermera titulada y estoy perfectamente capacitada para cuidar niños.

— Entonces ¿qué es?

Candace tragó saliva.

— Yo soy la madre biológica de Jennie.

Nick parpadeó. No podía haber oído bien, era imposible.

— No digas tonterías.

— No son tonterías. Yo soy la madre de Jennie.

Nick observó sus carnosos labios, el brillo de sus ojos...

— ¿De verdad crees que lo habría olvidado si me hubiera acostado contigo?

— ¡No! — exclamó ella —. No quiero decir eso...

— Pero dices que eres la madre de Jennie.

Nick no podía disimular su sorpresa. Candace parecía un ángel pero estaba resultando ser un fraude, un ángel caído. No sabía qué estaba buscando, pero pronto lo descubriría.

—Sí, pero...

—¿Pero? ¿Ya no estás segura? —la interrumpió él—. Mira, antes de que te entierres a ti misma debes saber que viajé a menudo mientras Jilly estaba embarazada, pero nunca le fui infiel.

—No estoy diciendo...

—¿Entonces qué? —volvió a interrumpirla Nick.

—Jilly no es la madre de Jennie. Yo soy su madre.

Había dicho el nombre de Jilly con tal familiaridad, como si la conociera... ¿Sería posible que la conexión entre las dos mujeres fuese el amante de Jilly, el padre de Jennie?

—A ver si lo entiendo... ¿estás diciendo que nos cambiaron a la niña en el hospital?

—No.

—¿Cómo que no?

—Yo fui la madre de alquiler. Yo llevé a Jennie en mi vientre durante nueve meses.

No era posible. Candace mentía.

Y Nick decidió que cuanto antes apartase a aquella mujer de la vida de su hija, mejor para ella.

—Mira, no tengo tiempo para estas tonterías...

—¿No tienes tiempo para la madre de tu hija?

Nick se levantó y sacó de la cartera un billete de cincuenta dólares.

—Para que tomes un taxi... cuando te marches de mi casa. Pero antes ve a mi oficina, mi ayudante te pagará el finiquito.

Luego miró a la niña, que seguía dormida. Con un poco de suerte seguiría dormida mientras la metía en el coche y llamaba a una agencia de empleo para encontrar otra niñera... una persona cuerda a ser posible. Y si no la encontraba, llamaría a su hermana.

—¡Espera! —exclamó ella, poniendo una mano en su brazo.

Nick la apartó y se dio la vuelta para empujar el cochecito hacia el aparcamiento. Pero Candace se colocó en medio del camino y esta vez agarró su brazo con suficiente fuerza como para que no pudiera apartarse.

— ¿Me despides por ser la madre de Jennie?

Nick la fulminó con la mirada.

— Puede que yo no estuviera el día del parto, pero sé con absoluta certeza que Jilly estaba embarazada. Así que te despido por mentirosa, por charlatana, por irresponsable... elige lo que quieras. Tienes suerte de no haberme pedido dinero o tendríamos que añadir el chantaje a la lista —replicó, airado.

Pero entonces Candace dijo algo que lo dejó helado:

— Las pruebas de ADN no mienten.

Capítulo 5

— ¿Tienes una prueba de ADN que demuestre que eres la madre de Jennie?

— No, ya no — respondió Candace.

— ¡Entonces estás mintiendo!

— No la tengo, está en la clínica. Yo no soy una mentirosa ni una charlatana.

Candace sentía que le ardían las mejillas mientras apartaba la mano de su brazo pero respiró profundamente, intentando calmarse. No podía dejar que se quedase con Jennie. Nick Valentine no merecía ser el padre de ningún niño.

— Muy bien, tal vez me he apresurado al contártelo. Pero es que estaba enfadada contigo...

— ¿Tú estás enfadada conmigo? — repitió él, atónito—. Oye, que yo no soy el loco en esta historia.

¿Loca?

— Yo no estoy loca.

Nick no se molestó en contestar. Sencillamente, siguió empujando el cochecito hacia el aparcamiento.

— ¿Dónde llevas a Jennie?

— A mi casa.

— ¿A tu casa? Esa mansión fantasmal mas fría que el hielo no es una casa, es un museo — le espetó Candace, pero Nick seguía caminando como si no la hubiera oído—. ¡Y no tienes derecho a ser el padre de Jennie!

Él se detuvo.

— ¿Qué quieres decir con eso?

Candace tragó saliva.

— Que has estado de viaje durante treinta días teniendo una niña de seis meses. Ni siquiera llamaste por teléfono cuando estaba en el hospital... y no sabes cuidar de una niña pequeña.

Nick la miró, pálido.

—Mira, ya me he cansado de escuchar tonterías. Aunque te concediese el beneficio de la duda, mi primera pregunta sería dónde estabas tú cuando Jennie necesitaba a una madre.

Había dado en la diana, en su sentimiento de culpa.

—Eso no es justo... no tuve otra opción.

—Sigo sin creer una sola palabra.

Candace vaciló. Había sabido desde el primer momento que su nombre no le decía nada. Ella no tenía un nombre muy común y, sin embargo, Nick no había parecido reconocerlo en absoluto.

Por un momento pensó que estaba fingiendo y, sin embargo, cuando le dijo su apellido su expresión siguió siendo la misma. Y, por fin, se dio cuenta de que Nick Valentine nunca se había molestado en averiguar la identidad de la madre de alquiler. Y ahora fingía no saber nada sobre el asunto.

Jilly había dejado bien claro que su marido era un hombre muy ocupado y Candace había imaginado un adicto al trabajo a quien le importaba más su negocio que su mujer. Pero Jilly le había asegurado que todo eso iba a cambiar cuando naciese el niño.

Y, sin embargo, Nick Valentine no había mostrado interés por su embarazo; al contrario que Jilly, que la visitaba, le llevaba regalos y le mostraba fotografías de la habitación que estaba preparando para Jennie.

Desde el principio, Jilly le había contado que su marido no quería conocer a la madre de alquiler, que quería imaginar que el bebé era suyo. Y ella había aceptado tal explicación. Quería creer que hacía bien, aunque pronto había empezado a sentir remordimientos.

—No puedes darme la espalda... esto es demasiado importante.

—Muy bien, dime qué quieres. Tienes un minuto.

Eso era mejor que nada, pensó.

—Jennie necesita un padre y una madre. Yo os la entregué a Jilly y a ti. Confiaba en que cuidaseis bien de ella, que la quisierais y...

—¿Tú nos la entregaste a Jilly y a mí?

—Necesitabais una madre de alquiler y una donante de óvulos...

— ¡No sigas! —la interrumpió él—. No pienso seguir escuchando bobadas. Mi mujer estuvo embarazada durante nueve meses... yo la vi vomitar por las mañanas, vi cómo crecía su vientre. Jilly es la madre de Jennie...

¿Jilly había estado embarazada? ¿Cuándo?

— Estás loco —murmuró, tomando la barra del cochecito—. No pienso dejar a Jennie sola contigo...

Nick intentó arrebatárselo y el cochecito se inclinó peligrosamente.

— ¿Qué haces?

— Ten cuidado, vas a despertar a la niña —le advirtió Candace.

— Si crees que voy a dejar que una loca secuestre a mi hija, estás muy equivocada.

— No tengo intención de secuestrarla pero no pienso apartarme de Jennie. Y si crees que vas a echarme, estás muy equivocado. Llamaré a la policía, le diré a todo el mundo que soy la madre de Jennie y que tú quieres echarme de su vida...

— No me amenaces.

— ¿Crees que no hablo en serio? ¿De verdad quieres que monte una escena y venga la policía?

Nick miró alrededor.

— Terminaremos esta discusión en casa —dijo por fin.

Y Candace supo que había ganado la primera batalla.

El viaje a la mansión Valentine transcurrió en total silencio y cuando la impresionante verja se abrió, Candace empezó a perder el valor. ¿Y si Nick Valentine de verdad estaba loco? ¿Tendría que dejar a Jennie a merced de un desequilibrado?

El Daimler se detuvo tras un Lexus aparcado en la entrada circular. Que hubiera alguien en la casa hizo que Candace se relajase un poco.

No pasaría nada, pensó. Pero pasara lo que pasara no pensaba abandonar a su hija para dejarla en manos de aquel irresponsable. Podía tener todo el dinero del mundo, pero ella sabía bien lo que era un padre irresponsable y no pensaba dejar a Jennie sola con él.

Afortunadamente, la niña seguía dormida. Y cuando Nick sacó con todo cuidado la sillita de seguridad, por un momento casi olvidó que era un loco, un imprudente.

El señor Busby, el chófer de la casa, había salido para tomar el cochecito y estaba subiendo los escalones en ese momento.

Nick lo siguió, con Jennie en brazos.

—La señora Timmings está en el salón —dijo la señora Busby.

Candace suspiró, aliviada. Alison Timmings era una persona cuerda y responsable, aunque su hermano no lo fuera.

—Yo llevaré a Jennie a su habitación —Nick miró a Candace, como retándola a contradecirlo—. Dígale a mi hermana que bajo enseguida.

—Muy bien.

—¿Nick? —la morena que Candace había conocido cuando llevó a Jennie al hospital apareció en el vestíbulo—. Te he llamado a la oficina, pero Pauline me dijo que habías salido. ¿Dónde has estado?

Se acercó sin esperar respuesta, sus tacones repiqueteando sobre el suelo de mármol, y Jennie despertó en ese momento.

—Hola, cariño.

Su tía la tomó en brazos y Jennie inmediatamente se agarró a su collar de perlas... que se metió en la boca.

—Mira, parece que le están saliendo los dientes.

—Eso parece —murmuró Nick.

—Yo la llevaré a su habitación —dijo Candace.

—Gracias —Alison puso a la niña en sus brazos y Candace miró a Nick, esperando que pusiera alguna objeción—. Qué raro que hayas estado fuera de la oficina tantas horas.

—Hemos llevado a Jennie al pediatra.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Nada, está bien.

— Anoche tenía un poco de fiebre y queríamos comprobar que la infección de oído había desaparecido del todo —le explicó Candace.

— Ah, menos mal. Cuánto me alegro de que cuides de ella.

— Voy a llevarla a su habitación...

— No tan rápido —la interrumpió Nick—. Tú no vas a ningún sitio.

— No seas grosero —lo regañó su hermana—. La estás asustando.

— No creo que esté lo bastante asustada.

— ¡Nick!

Candace apretó a la niña contra su corazón.

— A mí no me asustas.

— Pero bueno... —Alison miraba de Candace a su hermano, perpleja—. ¿Se puede saber qué pasa aquí?

— Candace dice ser la madre de Jennie.

— ¡Tú sabes que soy la madre de Jennie! ¡Tu mujer y tú me contratasteis para que la llevara en mi vientre durante nueve meses!

— ¿Nosotros te habíamos contratado? —repitió Nick, sarcástico—. ¿Por qué íbamos a hacer algo así?

— Porque Jilly y tú no podíais tener hijos.

— Sí podíamos. Nos sometimos a un proceso de inseminación artificial...

— Que no funcionó —lo interrumpió ella—. Por eso decidisteis contratar a una donante de óvulos, alguien que pudiera tener el niño por vosotros.

Nick y Alison la miraban como si tuviera dos cabezas.

— Dios mío... —Alison se llevó una mano al corazón.

— ¿Por qué me miráis así?

— Es cierto que la primera vez no funcionó —admitió Nick—. Pero Jilly fue a una clínica en la isla Namkhet para someterse a un nuevo procedimiento...

—Lo que mi hermano intenta decir —intervino Alison— es que Jilly estuvo embarazada. Ella es la madre de Jennie.

Candace negó con la cabeza, pensando en Jilly con un ajustado pantalón negro. Era una mujer delgadísima.

Sujetando a Jennie contra su pecho, Candace volvió a negar con la cabeza.

—Eso no es posible. Jilly nunca estuvo embarazada.

Alison miró a Nick con cara de perplejidad.

—Está loca —dijo él encogiéndose de hombros—. Yo le he dicho lo mismo pero insiste en decir que ella es la madre de Jennie.

Candace tragó saliva. ¿Sería posible que Nick Valentine y su mujer hubieran querido engañar a todo el mundo, que Jilly hubiera fingido un embarazo poniéndose algo bajo la ropa? Aquello era una locura.

¿Pero para qué iban a hacer algo así? Nick era un hombre rico y Jilly le había dejado claro que podía pedir lo que quisiera a cambio de gestar un hijo por ella. Aunque, por supuesto, Candace había rechazado tal oferta. Aparte de otras consideraciones, en Nueva Zelanda era ilegal recibir dinero por ser madre de alquiler.

Lo había hecho porque Jilly parecía desesperada. Candace nunca había conocido a una mujer más deseosa de tener un hijo. Se habían hecho amigas y había querido hacerle ese favor...

—Tal vez la señora Busby podría hacernos una taza de té —sugirió Alison, intercambiando una mirada con su hermano que Candace no pudo descifrar—. Y llamaré al médico para comprobar que Jennie está bien.

¿Habrían decidido que estaba loca?, se preguntó Candace. ¿Era eso lo que se habían dicho con la mirada?

—Sí, por favor, llama al médico —Candace besó la cabecita de la niña—. ¿Por qué no llamas también al ginecólogo de Jilly para preguntarle si de verdad estuvo embarazada? Y pídele la prueba de ADN que se hizo después del parto.

—¿La prueba de ADN?

Nick miraba a Candace, incrédulo. ¿Iba a insistir en eso? Por supuesto que no había una prueba de ADN, era absurdo.

Sentía el deseo de quitarle a Jennie de los brazos, pero hacer eso revelaría cuánto lo afectaban sus locas afirmaciones y sería mejor fingir que estaba tranquilo.

—Lo único que quiero es una oportunidad de demostrar que digo la verdad. El ginecólogo tendrá una copia del resultado de la prueba de ADN que me hicieron cuando nació Jennie...

—¿Por qué hicieron una prueba de ADN?

—Era una de las condiciones del contrato... —Candace dejó de hablar al ver que Nick levantaba los ojos al cielo—. Sigues sin creerme.

—Yo no sé nada sobre una prueba de ADN ni sobre contrato alguno. ¿No te parece un poco raro siendo el padre de Jennie?

—No pienso seguir discutiendo sobre eso. Lo único que quiero es la prueba de ADN.

Si estuviese diciendo la verdad sería razonable. Pero estaba mintiendo. Y, sin embargo, no parecía un fraude... ni una loca. Parecía realmente preocupada.

Y él la deseaba más que nunca.

Nick respiró con fuerza. Tenía que terminar con aquello lo antes posible.

Podía parecer un ángel, pero no iba a confiar en ella. Y, aparentemente, tampoco podía confiar en sí mismo. En aquel momento su prioridad era Jennie.

Pero ¿y si Candace estaba diciendo la verdad?, se preguntó entonces.

Nick intentó ordenar sus pensamientos. ¿Por qué estaba tan seguro de que Jilly le había contado la verdad y Candace estaba mintiendo? Él había visto que Jilly engordaba como si estuviera embarazada, pero nunca había ido con ella al ginecólogo. Nunca la había visto desnuda ni había tocado su vientre. Estaba tan seguro de que el niño no era suyo...

Sin embargo, su mujer siempre había conseguido lo que quería, costase lo que costase. ¿Y si...?

Pero Jilly estaba muerta, no merecía eso. Y, sin embargo, la angustia en los ojos de Candace lo perturbaba.

—Llama al ginecólogo —insistió ella.

Nick se dirigió al salón y, unos minutos después, había confirmado lo que sospechaba: no había ninguna prueba de ADN y el ginecólogo de Jilly nunca

había oído hablar de Candace Morrison. Aunque le recordó que no había sido él quien atendió a Jilly durante el parto sino otro ginecólogo.

Pero Nick no tenía que llamar a nadie más. Ya sabía la verdad.

—El ginecólogo de Jilly no sabe nada de ti ni de una prueba de ADN.

—Se hizo una prueba de ADN —insistió ella—. Pero si quieres, podemos volver a hacerla. No tardaremos mucho en saber el resultado, una semana como máximo.

Por encima de su cadáver, pensó Nick. No iba a dejar que Candace expusiera públicamente la mentira en la que había vivido. Él no era el padre de Jennie, lo sabía; su mujer había tenido un amante.

Pero no iba a dejar que aquella mujer, una mujer que lo excitaba como nadie, lo convirtiera en el hazmerreír de toda la ciudad.

—No será necesario...

—Una prueba de ADN es la única solución —dijo Alison entonces.

Nick sintió el impulso de estrangular a su hermana, algo que no había sentido desde la adolescencia.

—No te metas en esto, Alison.

—¿Por qué no voy a meterme?

—He dicho que no.

—No te pongas impaciente —dijo Alison, tomando su bolso—. Me marchó, pero si quieres mi opinión, aunque ya sé que no la quieres, creo que deberías hacer una prueba de ADN para resolver este asunto. Es la única manera de saber si Candace dice la verdad o no.

Nick miró a la mujer que estaba causando tantos problemas y vio que Jennie le había echado los bracitos al cuello. Parecían un retrato de la Virgen y su hijo, pensó, enfadado.

—Pues claro que no está diciendo la verdad. Y tengo la partida de nacimiento de Jennie para demostrarlo.

Alison hizo un gesto con la mano antes de salir de la casa.

—Las pruebas de ADN no mienten —insistió Candace—. Una partida de nacimiento se puede manipular.

— ¿Me estás acusando de manipular la partida de nacimiento de mi hija?

Candace murmuró algo ininteligible, pero cuando le pareció escuchar la palabra «dinero», Nick tuvo que contener su furia. Estaba acorralándolo, obligándolo a aceptar la prueba de ADN para demostrar que estaba mintiendo.

Sin embargo, al verla apretando a Jennie contra su corazón, su rabia se disipó. La deseaba y empezaba a gustarle de verdad. La combinación era tan seductora, tan poderosa, que había estado dispuesto a abrirle su corazón, a contarle cosas que no le había contado a nadie en toda su vida.

Pero ¿por qué insistía en decir que era la madre de Jennie? Candace no parecía una persona desequilibrada. De hecho, todo lo contrario, parecía una persona sensata, madura.

Nick sacudió la cabeza. ¿Qué más daba cuáles fueran sus motivos?

La prueba demostraría que estaba mintiendo. Y entonces podría romper todo contacto con ella y alejarla de su hija.

A medianoche, con la casa en completo silencio, un rayo de luna atravesó la puerta.

Nick se movió en la cama, inquieto, y ella se acercó flotando sobre la alfombra como un hada. Y de repente estaba a su lado, desnuda, dispuesta. Nick se apoderó de su boca. Necesitaba aquello y ella lo entendía.

La tomó por los hombros, convirtiéndola en su cautiva.

Olvidó cuánto tiempo había pasado...

Olvidó que era un fraude y que él estaba dispuesto a demostrarlo. Olvidó todo salvo que tenía una mujer en su cama, una mujer a la que deseaba con desesperación.

Candace era una amante silenciosa; no suspiraba, no gemía mientras abría sus muslos y se enterraba en ella, ciego a todo salvo a su deseo.

Un halo de luz cayó sobre la almohada entonces y Nick alargó una mano... la cama estaba vacía. La movió arriba y abajo, buscándola, pero sus dedos solo encontraron las frías sábanas.

¿Dónde demonios había ido?

Se tumbó boca abajo, enterrando la cara en la almohada, intentando entender lo que había pasado. Las sábanas olían a jabón y a lavanda, no a su fragante perfume. La almohada de plumas estaba húmeda y arrugada.

Nick farfulló una palabrota.

Más dormido que despierto, saltó de la cama y se dirigió al baño. Una vez en la ducha, abrió el grifo y dejó que el agua enfriase su cuerpo.

No iba a dejarse vencer por el deseo. Se decía a sí mismo que había sido una ilusión, un cruel truco de su hambriento libido. Ninguna mujer podía ser tan buena como la desesperada fantasía de un hombre.

Ni siquiera Candace...

Capítulo 6

Nick se echó hacia atrás en el sillón del estudio, su único refugio en una casa que Jilly había creado y amueblado con la ayuda de un carísimo decorador. Era martes por la tarde y Candace estaba todavía allí.

Seguía sin entender qué buscaba fingiendo ser la madre de Jennie... y no se había echado atrás.

Lo otro que no había cambiado era que seguía deseándola con un ansia que no tenía ningún sentido. Nick no podía creer que estuviera fantaseando con una mujer a la que debería echar de su casa.

Los últimos días habían sido un infierno.

De vez en cuando, una imagen de ese loco sueño aparecía insidiosamente en su cabeza. Traidor.

El día anterior, a primera hora, le había pedido a Busby que llevase a Candace y Jennie a su médico, donde habían tomado unas muestras biológicas para la prueba de ADN.

Candace no había mostrado sorpresa alguna cuando le dijo que no podía acompañarlas porque tenía que ir a una reunión. Y, aunque agradecía que no sospechara de sus razones, no podía dejar de pensar que le había dado más munición para creer que no era un buen padre para Jennie.

Su médico le había dicho que no era necesario. Las muestras de saliva serían suficiente para determinar con certeza si Candace era o no la madre de la niña. Aunque también había sugerido que el resultado sería más concluyente si pudieran contrastarlas con una muestra de su ADN, Nick decidió no hacerlo.

Y mientras esperaba el resultado de la prueba, tenía que contener su angustia.

No sabía cuál quería que fuese el resultado, que Candace decía la verdad o que estaba mintiendo para poder librarse de ella de una vez por todas.

Sabía cuál sería la solución más fácil: apartar a Candace de la vida de Jennie, y de la suya, y volver a su ordenada existencia era lo que ambos necesitaban.

¿Entonces por qué eso lo hacía sentir tan... triste?

Nick miró las dos acuarelas que flanqueaban la puerta del estudio. Eran de Henry. En lugar de venderlas, el viejo había insistido en regalárselas y normalmente lo hacían sentir que había conseguido algo en la vida.

Pero aquel día, en lo único que podía pensar era en Candace. En cómo había puesto su vida patas arriba. Y no iba a dejar que hiciese lo mismo con Jennie.

Cuando llamó a su ayudante el día anterior para decirle que no iría a la oficina esa mañana, Pauline le había preguntado si estaba enfermo. Solo entonces se dio cuenta de que en todos los años que llevaban trabajando juntos, jamás se había tomado un día libre. Ni siquiera había tenido una luna de miel, para disgusto de Jilly.

Pero no había necesidad para una luna de miel. Él no había sido más que un marido comprado y no quería fingir con un falso viaje de novios.

Las expectativas de Jilly habían sido abrumadoras. Ella quería una mascota, un marido que obedeciera sus órdenes y a quien pudiese lucir frente a sus amigos. Pero sus intentos de domesticarlo habían dado el resultado contrario y Nick había ido apartándose para buscar la libertad en el despacho que ella evitaba y en el gimnasio que ella aborrecía.

Su matrimonio con Jilly había sido un terrible error. Él no podía ser el marido trofeo en el que Jilly había creído que podría convertirlo.

En ese momento sonó el teléfono y Nick se lanzó hacia delante para contestar.

— ¿Casi un cien por cien de posibilidades de que sea la madre de Jennie? — exclamó, atónito —. ¡Pero eso es imposible!

En el laboratorio no tenían una explicación, pero Nick quería respuestas y solo había una persona que pudiera dárselas.

Candace estaba en la bañera cuando la puerta del baño se abrió y, al ver la expresión de Nick, se quedó sin aire.

Estaba furioso y su furia lo hacía parecer más imponente que nunca.

Candace se pasó la lengua por los labios mientras él miraba su cuerpo, parcialmente cubierto por el jabón... pero aunque se cubrió los pechos con las manos a toda prisa, el brillo de sus ojos le dijo que no servía de nada.

— ¡Vete de aquí! — gritó.

Ver que sus mejillas se oscurecían le dijo que no era inmune a su desnudez. Pero, curiosamente, saber eso le dio la confianza que necesitaba para incorporarse.

Si quería mirarla, que la mirase.

Candace estaba segura de que no iba a ver nada que no hubiera visto antes y así tendría otra razón para detestarlo.

Pero al mirarla, Nick se dio la vuelta.

—Vístete —le dijo—. Quiero hablar contigo.

—Tendrás que esperar hasta que haya terminado.

—Esto no puede esperar.

—Vete de aquí —repitió Candace—. Eres mi jefe y no puedes entrometerte en mi intimidad de esta forma... ¿quieres que te demande por acoso sexual?

Nick se dio la vuelta entonces y la sacó de la bañera. Apretada contra su pecho, empapando su camisa, sus ojos se encontraron y bajo la ira detectó otras emociones que no podía descifrar.

Candace decidió que lo mejor sería permanecer en silencio porque Nick parecía a punto de explotar.

Sin decir nada, él tomó una toalla y la envolvió en ella con manos nerviosas.

—No voy a hacerte nada. Ni siquiera quiero mirarte.

—No puedes entrar aquí y...

—Ésta es mi casa y puedo hacer lo que quiera...

—¡No puedes entrar en mi habitación!

Nick suspiró.

—Tienes diez minutos para secarte y vestirte —le advirtió, dirigiéndose a la puerta—. Te espero en mi estudio.

Nick se detuvo en la puerta del dormitorio de Candace, pasándose una mano por la cara.

Su ordenada existencia estaba patas arriba, definitivamente. Todo lo que había dado por sentado era mentira y la única persona que podía explicarle qué había pasado estaba desnuda al otro lado de la puerta.

Había sentido la tentación de quitarse la ropa y meterse en la bañera con ella... y solo que Candace le recordase que era su jefe lo había impedido.

Hasta ese momento había tenido que hacer un esfuerzo para controlar su imaginación, pero después de haber visto con lo que antes había fantaseado, estaba a punto de perder el control.

Sin embargo, todo se había complicado por el incomprensible descubrimiento de que Candace no era la niñera de su hija sino su madre biológica.

Era sencillamente incomprensible, demasiado irreal. ¿Cómo se había puesto Jilly en contacto con Candace? ¿Y qué había sido del bebé que esperaba su mujer? El niño que había sido creado en la clínica de fertilidad de la isla Namkhet...

Él había visto cómo cambiaba el cuerpo de Jilly. Cada vez que volvía de algún viaje, su embarazo era más evidente y la niña había nacido cuando él estaba al otro lado del mundo.

¿Habrían cambiado al hijo de Jilly por Jennie en la clínica? Entonces ¿dónde estaba el hijo de Jilly? ¿O habría muerto? ¿Y cuándo se había puesto en contacto Jilly con Candace? ¿Habría estado Candace embarazada y le habría vendido a su hija?

Ésa era la respuesta que menos le gustaba.

Mientras intentaba ordenar sus pensamientos y darle sentido a todo aquello, sin darse cuenta, se dirigió a la habitación de Jennie y empujó suavemente la puerta.

La niña estaba en su cuna, vestida con una especie de ranita blanca con orejas rosas en la capucha.

Nick tuvo que sonreír y, por primera vez desde que recibió la llamada, la tensión que sentía en el pecho empezó a disiparse.

— ¿Quién ha diseñado un trajecito de bebé con un par de orejas? ¿Ahora eres un conejito?

Jennie empezó a mover los bracitos alegremente y casi hubiera podido jurar que se estaba riendo.

— Nunca entendí por qué Jilly deseaba tan desesperadamente un hijo... — Nick tragó saliva — hasta que te conocí a ti.

Era una admisión trascendental.

Ahora, cuando podía ser demasiado tarde, empezaba a darse cuenta de lo que Jennie significaba para él. Había estado resentido contra ella porque destacaba

el error de su matrimonio y tenía que estar en peligro de perderla para darse cuenta de que quería otra oportunidad.

Nick miró a su hija de nuevo. Las orejitas rosas en la capucha de la ranita le daban un aspecto tan enternecedor que experimentó una ola de emoción.

Pero había una cosa segura: Jennie no era hija suya. Lo había sabido cuando Jilly dejó de decir «nuestro hijo».

Y sin embargo... ¿cómo había logrado aquella cosita meterse en su corazón?

Naturalmente, Candace quería recuperar a su hija. ¿Qué madre no querría eso?

Pero no iba a ponérselo fácil.

Por alguna razón, Candace había decidido renunciar a Jennie. Tal vez lamentaba su decisión pero lo había hecho, había firmado un contrato para gestar a la niña y él encontraría el documento. Estaba seguro de que Jilly había adoptado a Jennie, pero no sabía si habría incluido su nombre en el documento.

Jennie llevaba seis meses viviendo con él y Candace no había mostrado interés por la niña en todo ese tiempo. Ningún juez podía pasar eso por alto.

Nick tuvo una premonición de la batalla que lo esperaba. En su opinión, él tenía tanto derecho a ser el progenitor de Jennie como Candace. Y, además, lo habían engañado. Jilly y Jennie le habían hecho creer que la niña era hija suya. Eso también debía tener algún peso.

Porque no estaba dispuesto a renunciar a Jennie sin pelear.

Y Candace tendría que vivir con la decisión que tomó seis meses antes.

El estudio de Nick fue una sorpresa para Candace. No había entrado en él hasta entonces y no se parecía nada al resto de la casa.

Aquel sitio era acogedor...

Hogareño.

En circunstancias normales, los sofás de piel marrón le habrían parecido invitadores y los libros en las estanterías de madera serían una tentación para una lectora empedernida como ella. Pero ver a Nick de espaldas, mirando por la ventana, hizo que se le encogiera el estómago.

Era consciente de las diferencias que había entre ellos; ella era una enfermera, una mujer trabajadora, mientras él era un millonario, un hombre que manejaba una fortuna.

Pero ¿qué importaba que él llevase pantalones de trescientos dólares mientras los de ella eran vaqueros normales? ¿O que sus mocasines fueran italianos mientras ella llevaba zapatillas de deporte? ¿Qué importancia tenía el dinero cuando se trataba del amor?

Nick se dio la vuelta entonces, tan serio como antes.

– Tengo que hacerte varias preguntas – le dijo –. Siéntate, por favor.

Candace se sentó al borde del sofá, intentando controlar los nervios.

– Imagino que ahora sabes que estoy diciendo la verdad y quieres pedirme disculpas.

Nick hizo una mueca.

– ¿Disculpas?

– Me has tratado como si fuera una mentirosa en lugar de una buena samaritana que quiso ayudar a tu mujer.

– Espera un mo...

– Jilly dijo que me estaríais agradecidos hasta la muerte por la oportunidad de tener un hijo – siguió ella. Pero enseguida hizo una mueca.

Antes de que pudiera pedir disculpas por su falta de tacto, Nick se había sentado al otro lado del sofá y Candace se recordó a sí misma que el comportamiento de Nick Valentine en todo aquel asunto había sido menos que recomendable.

– Jilly era...

– Encantadora, ya lo sé – lo interrumpió ella –. Pero tú deberías haber hecho lo que hizo tu mujer. Durante los nueve meses de embarazo no fuiste a verme ni una sola vez.

Nick se puso pálido.

– ¿Y por qué debería haber ido a verte?

– Para darme las gracias por el regalo que iba a haceros. Pero no, tu trabajo era demasiado importante.

– Espera un momento. De haber sabido...

– ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados? – Candace no estaba interesada en justificaciones.

– Siete años – murmuró él.

– ¿Y amabas a tu mujer?

– ¡Eso no es asunto tuyo!

Ella sostuvo su mirada.

– Pues claro que es asunto mío. Yo os di a mi hija creyendo que Jennie iba a tener una familia.

Su ingenuidad casi la hacía llorar. Debería haber investigado en lugar de aceptar la explicación de Jilly, debería haber insistido en conocer a su marido. Pero se había contentado con un montón de periódicos y revistas en las que lo definían como un magnate, propietario de una cadena de invernaderos y tiendas de jardinería...

Nick se levantó entonces.

– He recibido una llamada en la que me han confirmado que tú eres la madre biológica de Jennie, pero yo no sabía nada sobre tu decisión de entregar a tu hija...

– ¿Vas a culparme a mí?

– No esperarás que crea que fue un acto de generosidad. ¿Qué te llevaste a cambio?

Candace inclinó la cabeza para estudiar los colores de la alfombra persa. ¿Por qué las cosas eran tan complicadas?

– En términos legales, tenía derecho a recuperar gastos. Nada más.

Nick hizo un gesto con la mano.

– Sé que hay muchas maneras de saltarse los términos legales.

Candace levantó la cabeza, enfadada. ¿Cómo podía creer...?

– ¿Qué te ofreció mi mujer a cambio de Jennie? ¿Qué precio pusiste por la niña?

– ¡Ninguno! – exclamó ella.

Aunque eso no era cierto del todo. Pero la ayuda económica había llegado después, cuando Jilly y ella se hicieron amigas. Eso había hecho que el arreglo fuese aceptable, un acuerdo entre amigas.

Durante el embarazo, Candace había sentido una gran simpatía por la esposa de Nick Valentine. Jilly parecía tener todo lo que una mujer podía desear: un marido que la adoraba, dinero, amigos. Y, sin embargo, parecía solitaria, triste. El hijo que quería más que nada en el mundo le había parecido un sueño imposible... hasta que ella acudió al rescate.

— ¿Estás segura?

— ¿Por qué crees que tu mujer tuvo que pagarme? ¿Tan egoísta eres que no puedes creer que es posible ser generoso?

Nick se levantó para poner una mano en el brazo del sofá, acorralándola.

— ¿Me estás diciendo que eres un ángel?

— No, no soy un ángel. Soy humana.

— ¿Ah, sí? — murmuró él, mirando sus labios.

El corazón de Candace palpitaba como loco. Se sentía desorientada, confusa.

— Soy como millones de mujeres.

— Yo no lo creo. He conocido a muchas mujeres en mi vida y tú no te pareces a ninguna.

— ¿Qué quieres decir con eso?

Nick levantó su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos.

— Pensé que solo Jennie tenía la piel tan suave como un melocotón.

No le había contestado y Candace no insistió. Tal vez sería mejor no saberlo.

— Es cuestión de genética — intentó bromear —. Mi madre también tiene la piel muy suave.

El dorso de la mano de Nick rozaba su garganta y el primer botón del cárdigan que se había puesto a toda prisa con unos vaqueros, temiendo que volviese a buscarla.

De repente, el botón se abrió y el corazón de Candace se volvió loco.

Hubo un momento antes de que sus labios se tocasen, un momento en el que podría haberle dicho que parase, que no quería aquella complicación. Pero no dijo nada.

En lugar de eso, cerró los ojos.

Los labios de Nick eran inesperadamente cálidos, despertando un incendio en su interior. La presión del beso aumentó durante un segundo y, de repente, terminó.

Candace abrió los ojos, sorprendida.

Nick miró a la mujer que tenía entre sus brazos, temblando.

Cuando desabrochó el siguiente botón, la oyó contener el aliento. La cenefa del cárdigan, con sus diminutas rosas, parecía demasiado femenina en contraste con sus dedos grandes y se dio cuenta de que no llevaba una gota de maquillaje.

Y, sin embargo, era increíblemente bella, como el ángel que había imaginado la primera vez que la vio.

Candace bajó la mirada de nuevo, escondiendo sus ojos, el ligero rubor de sus mejillas dándole un aspecto tan inocente...

Tragando saliva, Nick desabrochó un tercer botón y ella no puso objeciones. El cárdigan se abrió, revelando sus pechos desnudos, y al ver la evidencia de su deseo tuvo que contener un gemido.

Nick se puso de rodillas frente al sofá e inclinó la cabeza para pasar la lengua sobre las rosadas puntas.

Durante un segundo, fue como si el tiempo se detuviera y cuando pensaba que su corazón iba a explotar, Candace dejó escapar un gemido.

Nick volvió a pasar la lengua sobre los pezones y ella echó la cabeza hacia atrás, agarrándose al borde del sofá con las dos manos, su respiración convertida en un jadeo en el silencio del estudio. Nick desabrochó con dedos torpes el resto de los botones para acariciar sus pechos con las dos manos, soplando suavemente sobre las endurecidas puntas.

Apartándose luego, se quitó la camisa y tomó la mano de Candace para ponerla sobre su torso.

—Tócame —le dijo—. Siente los latidos de mi corazón.

Mientras ella lo acariciaba, Nick sintió que se hundía, que se ahogaba.

– Candace... no puedo pensar, solo puedo sentir...

Sujetando sus caderas, la levantó del sofá, buscando su boca con desesperación.

Cuando dejó de besarla puso las manos sobre sus hombros, intentando llevar aire a sus pulmones.

– Vaya, ha sido... – murmuró Candace.

De repente, Nick se sintió como un gigante.

– ¿Quieres más?

– No sé si podría soportar que siguieras besándome así. Me tiemblan las piernas.

– ¿Cómo era... con él?

Ella lo miró, sin entender.

– ¿Con quién?

– Con el padre de Jennie.

Candace se echó hacia atrás, indignada.

– ¡Eso no tiene ninguna gracia!

– Oye...

Tal vez su mórbida curiosidad la había asustado, pero quería saberlo. De hecho, no podía dejar de pensar en ella y no recordaba cuándo había sentido algo así por una mujer.

Desde luego, no había sentido aquello por Jilly en los siete años de matrimonio.

Candace se abrochó el cárdigan, apartando la mirada.

– Háblame de ese hombre – insistió él –. Quiero saberlo.

– Déjate de jueguecitos, Nick. Tú sabes que eres el padre de Jennie.

Capítulo 7

Nick la miró, perplejo.

—Necesito un *whisky* —dijo después, acercándose al bar para servirse dos dedos en un vaso—. ¿Quieres uno?

Candace negó con la cabeza, conteniendo el deseo de decirle que un poco de agua con azúcar iba mejor para los sobresaltos. Estaba segura de que Nick no agradecería el consejo.

Él volvió a sentarse en el sofá.

— A ver, explícame eso.

Pero Candace no estaba preparada para enfrentarse con la realidad de que aquel hombre y ella tenían un hijo en común.

Una niña maravillosa.

Jennie.

Una niña que Candace no tenía intención de dejar a su cuidado, una niña que quería recuperar... costase lo que costase.

Pero empezaba a sospechar que Nick no iba a rendirse tan fácilmente y ella estaba retrasando la inevitable confrontación.

—Jennie es hija tuya —repitió—. Se usó tu esperma en el proceso de inseminación y la prueba de ADN después del parto confirmó que tú eras el padre.

Cuando firmó el contrato con Jilly, le había molestado la cláusula por la que tenía que hacer una prueba de ADN una vez diese a luz, pero entendía que los Valentine quisieran asegurarse de que el bebé era hijo de Nick y no de un extraño.

—Francamente, me sorprende que creas que Jennie es hija mía —admitió él por fin.

Entonces no lo sabía. Sus sospechas de que Jilly y él habían intentado engañar a todo el mundo eran erróneas.

Aparentemente, Nick creía de verdad que Jennie era hija de Jilly y eso la dejó atónita.

— Te dije que Jilly estuvo embarazada — Nick se pasó una mano por el pelo — y mi hermana te lo confirmó.

— Pero Jilly no podía tener hijos.

— ¿Ella te dijo eso?

Candace asintió con la cabeza, sabiendo que cada admisión era un nuevo clavo en el ataúd de sus esperanzas. ¿Qué había hecho? ¿Habría destrozado sus posibilidades de pedir la custodia de Jennie?

— Me dijo que el proceso de inseminación artificial no había funcionado y que, según su ginecólogo, sufría una menopausia temprana.

Nick dejó escapar un suspiro.

— Evidentemente, mi mujer estaba mintiendo. A mí me dijo que el proceso de inseminación artificial había sido un éxito y que estaba embarazada.

— Pero no puede ser...

— Yo vi los progresos del embarazo durante nueve meses, aunque estuve fuera durante gran parte de ese tiempo. Jilly se gastó una fortuna en ropa premamá de diseño.

— Y, por supuesto, no tenías razones para no creerla.

Él negó con la cabeza.

— Tenía mis dudas, pero por otras razones. Verás... — Nick se aclaró la garganta — pensé que Jilly tenía un amante, alguien que había logrado dejarla embarazada.

¿Nick no creía que Jennie fuera hija suya?

Candace estaba a punto de llorar de frustración. Si no le hubiera dicho que él era el padre de la niña, tal vez se habría alegrado de darle la custodia.

Pero eso no habría estado bien. ¿Cómo iba a llevarse a Jennie con un engaño?

— Imagino que eso no fue fácil para ti.

— No mucho, no.

— Entonces Jilly fingió un embarazo... he oído que algunas mujeres odian su cuerpo cuando están embarazadas, no dejan que nadie las vea desnudas, se

alejan de sus maridos... – Candace sintió que le ardían las mejillas. No quería meterse en la vida privada de Nick y pensar en él con Jilly la ponía enferma.

– Es posible – asintió él.

– Jilly fue conmigo a la clínica de la isla Namkhet, donde se hizo la inseminación artificial.

– Yo acepté que usara mi esperma... incluso pagué las facturas de la clínica. No sabía que se hubiera puesto en contacto contigo o que no pensara someterse al proceso. De hecho, empecé a pensar que tenía un amante y había reemplazado mi esperma por el suyo.

– No sé si había un amante o no.

– Entonces, las facturas que recibí por el proceso de inseminación artificial eran en realidad tuyas.

– Sí, era parte del trato – dijo Candace, incómoda.

– También pagué la factura de una suite y comidas para dos personas en el mejor hotel de la isla. Jilly me dijo que necesitaba estar sola para acostumbrarse a la idea de que el proceso podría no funcionar nunca, pero cuando me llegó la factura del hotel supe que estaba mintiendo.

Candace se sentía enferma. Evidentemente, Nick había creído que Jilly estaba en el hotel con un amante.

– Su acompañante era yo. Le dije a Jilly que no era necesario, pero ella insistió. Decía que quería conocerme un poco más... era un poco raro, pero imaginé que quería asegurarse de que no era una loca antes de empezar el proceso. En su lugar, yo habría hecho lo mismo.

Nick sacudió la cabeza.

– Lo peor de todo era que no me importaba que Jilly tuviese un amante. Incluso esperé que pidiera el divorcio.

Pobre Jilly.

Lo que estaba contando le daba una idea sobre la relación, o más bien la falta de relación entre ellos. Aparentemente, habían ido separándose poco a poco, como si vivieran en casas diferentes, en países diferentes.

Era comprensible que Jilly hubiese podido fingir un embarazo.

– Por eso no fuiste a la isla con ella. Pensabas que te estaba engañando.

Nick asintió con la cabeza.

Jilly le había contado que su marido era un hombre muy ocupado, pero Candace quería escuchar la versión de Nick.

—Habíamos intentado el proceso de inseminación artificial en un par de ocasiones y no había funcionado. Jilly me dijo que no tenía por qué ir con ella, que el laboratorio de Auckland enviaría los óvulos y el esperma. Yo investigué la clínica de Namkhet y todos los informes eran favorables... —Nick se pasó una mano por la cara—. Si quieres que sea sincero, mi primera reacción fue de alivio. Jilly podía ser muy... exigente.

—Jilly solo quería lo que quiere cualquier esposa: tu tiempo y tu cariño.

Él la miró, incrédulo.

—No, no era eso. Ella quería un hijo y, evidentemente, ya había elaborado un plan para salirse con la suya.

—Me resulta difícil creer que tú no supieras nada —dijo Candace—. Yo firmé un contrato... pero tú tienes que haberlo firmado también.

—Si hay una firma mía en ese contrato, es una falsificación.

—¿Y por qué haría Jilly todo eso? ¿Esperaba que pasaras más tiempo con ella si había un niño en la casa?

—Tú no sabes nada sobre mi mujer. Está muerta y el pasado es el pasado, pero nunca debería haberme casado con ella —Nick sacudió la cabeza de nuevo—. Y ahora tengo que aceptar que Jennie fue gestada por otra mujer. ¿Los óvulos eran tuyos o hubo otra donante de la que yo no sé nada?

Candace sintió pena al verlo lidiar con la enormidad de ese descubrimiento.

—Los óvulos eran míos y llevé a Jennie en mi vientre durante los nueve meses del embarazo. Soy su madre biológica.

—Sigo sin creer que Jilly planease todo esto. Aunque tal vez debería agradecerle que usara mi esperma y no el de otro hombre.

—Yo estoy casi segura de que no había ningún amante. Jilly me dijo que erais almas gemelas —Candace puso una mano en su brazo al verlo tan desconcertado, tan dolido—. Ella quería tener un hijo contigo, no con otro hombre. Por eso tuve que hacerme una prueba de ADN tras el nacimiento de Jennie, para confirmar que la niña era hija tuya.

Entonces le pareció ver una indescifrable emoción en el rostro de Nick...
¿sentimiento de culpa quizá?

—Jilly no me pidió permiso para hacer nada de lo que hizo. Pero cuando quería algo lo conseguía fuera como fuera.

La nota de dolor en su voz advirtió a Candace que aquello era más profundo de lo que ella sabía. Tenía la impresión de que Nick era un hombre al borde del abismo y esa convicción se confirmó cuando añadió:

—De todas formas, necesito una prueba antes de aceptar que soy el padre de Jennie.

Era como si el mundo hubiera dejado de girar sobre su eje.

Nick agradecía que una larga lista de reuniones lo mantuviese ocupado a la mañana siguiente, aunque en su mente seguía dando vueltas a preguntas para las que no encontraba respuesta. ¿Por qué Jilly no le había hablado de sus problemas de fertilidad? ¿Cómo podía haber encontrado una madre de alquiler sin decirle nada? Y sobre todo, ¿qué iba a hacer él con Candace?

Había una última pregunta que era la más fácil de resolver: ¿era Jennie hija suya?

En su corazón sabía que era irrelevante porque en cualquier caso lo era. Los lazos de sangre ya no importaban para nada.

Pero había algo muy seductor en que parte de él y parte de Candace se hubieran mezclado para producir una niña que se había convertido en la persona más importante de su vida.

A mediodía, Nick fue a visitar a su médico. En veinticuatro horas sabría con total seguridad si Jennie era hija suya o no.

Después de dejar que tomasen una muestra de saliva, se dirigió a su oficina, pero antes de subir se quedó un momento frente al lago. La orilla estaba llena de patos... los patos que tanto habían intrigado a Jennie, mientras el trío de problemáticos gansos lo miraba a cierta distancia.

Los malditos gansos no sabían la que habían organizado, pensó, irónico.

Nick tenía que hacer un esfuerzo para convencer a Candace de que era un buen padre para Jennie.

Pero la cuestión de qué iba a hacer con Candace seguía sin resolverse.

Si era sincero consigo mismo, debía admitir que sabía muy bien lo que le gustaría hacer: llevarla a su cama y saciar el deseo que sentía por ella en los momentos más inoportunos.

En lo único que podía pensar era en hacerla suya, en acariciar cada centímetro de su preciosa piel. Tocarla, besarla, poseerla.

Pero eso añadiría un problema más a todos los que ya tenía. Porque no estaba seguro de lo que podría pasar si hacía el amor con ella.

Y luego estaba el impacto que una aventura entre los dos podría tener para Jennie. ¿Pondría en peligro la relación con su hija?

No lo sabía y ésa no era la clase de pregunta que podía hacerle a un abogado.

Cuando acababa de darle el almuerzo a Jennie en el jardín, Candace recibió una llamada de la residencia.

Su madre se había caído, le explicó el médico. No se había roto nada, afortunadamente, pero la pobre estaba muy disgustada y Candace prometió ir a verla de inmediato.

Suspirando, miró a Jennie, que estaba gateando sobre la manta para arrancar una margarita que había crecido en medio del immaculado jardín.

En principio, aquel era su día libre. No se había tomado ninguno hasta el momento porque no quería separarse de la niña... a pesar de todo, temía que si se marchaba de la casa podría no volver a entrar en ella.

Tal vez era una exageración, pero le resultaba imposible olvidar que Nick había estado a punto de despedirla. Y perder a Jennie sería insoportable.

Sabía que la señora Busby era capaz de cuidar de la niña durante unas horas, pero el ama de llaves tenía sus propias responsabilidades. El miércoles era el día que iba al mercado y, además, no quería que le hiciese preguntas para las que no tenía respuesta.

La alternativa era dejar a Jennie con Alison, pero cuando llamó a su casa le dijeron que había tenido que ir a una reunión urgente con su marido.

No había alternativa, tenía que llevarse a Jennie con ella porque no pensaba pedirle ayuda a su padre. Desde el día anterior, su mente se había visto plagada de imágenes eróticas, su cuerpo despertando a la vida por el hombre que había empezado a consumir sus pensamientos. Nick era el padre de Jennie, no podía ser su amante.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

No podía permitirse el lujo de desear a Nick Valentine.

Capítulo 8

– La señora Timmings está aquí.

Nick levantó la cabeza de los documentos que estaba estudiando para mirar a su ayudante. Alison había sido muy paciente. Su hermana siempre había tenido un abrumador interés en su vida... y la bomba de Candace debía estar volviéndola loca.

Debería haberla llamado para hablarle del resultado de la prueba de ADN...

– La recibiré en un minuto.

Su hermana apareció en la puerta, detrás de Pauline.

– Demasiado tarde. Ya estoy aquí.

– ¿Cómo estás, Ally? – Nick se preparó mentalmente para una bronca.

Alison se dejó caer sobre una silla, frente a la pared de cristal que daba al lago.

– No muy bien. Richard ha recibido una carta del centro comercial NorthPark diciendo que tenemos que abandonar el local. Pero no solo el de Auckland, todos los demás también.

Nick la miró, perplejo.

– ¿Por qué? ¿No habéis pagado el alquiler?

Alison vaciló.

– El mes pasado...

– Deberías haber acudido a mí, Ally. Yo te habría ayudado.

No sabía que la cadena de tiendas de electrodomésticos de su hermana y su marido estuviera atravesando tan mala situación.

– Tú sabes lo orgulloso que es Richard, no habría aceptado ayuda. Y no es que no podamos pagar el alquiler del local... – Alison tragó saliva –. La verdad es que ha sido culpa mía. Cambiamos de banco porque nos ofrecían mejores condiciones para nuestra hipoteca, pero parte del acuerdo era que debíamos llevar también las cuentas del negocio.

Nick asintió con la cabeza.

– Sí, eso es lo habitual.

–Pero se me olvidó enviar una autorización para pagar el alquiler de NorthPark... y no me llamaron del antiguo banco para decirme que habían devuelto el recibo.

–Ése es el precio de los cambios. Se tarda algún tiempo en establecer una relación de confianza con los bancos –Nick pensó en la ironía de esa observación. Las relaciones con su banco eran mejores que las que había tenido con su difunta esposa.

Pero Jilly no habría sido su esposa si no se hubiera visto obligado a casarse con ella. Demasiado tarde para pensar en eso, se dijo, concentrándose en el problema de su hermana.

– ¿Has hablado con el gerente de NorthPark? ¿Has pagado el alquiler?

–Sí, claro –asintió ella–. Y pensé que todo estaba solucionado, pero entonces llegó una carta de su gabinete jurídico. Cuando llamé por teléfono, me dijeron que no había cumplido el contrato que tenía con ellos y que, por lo tanto, el grupo ejercía su derecho a cancelar el alquiler de todos los locales. Richard ha hablado con nuestro abogado y, por lo visto, pueden hacerlo.

–Me parece muy raro que tengan tanto interés en desahuciaros –dijo Nick, pensativo–. No es fácil conseguir nuevos inquilinos para unos locales tan caros, especialmente en estos momentos de crisis. ¿Hay algo que no me hayas contado?

–No, hemos sido inquilinos modelo.

–Ya.

–Richard ha empezado a buscar locales en otros centros comerciales, pero no será fácil conseguir las condiciones que teníamos con ellos, ni encontrar unos locales tan buenos y me da miedo tener que cerrar algunas tiendas. Ya sé que debería haber sido más organizada...

Nick no podía hacer nada para consolar a su hermana, pero se levantó para darle un torpe abrazo.

–Qué encantador, me vas a hacer llorar.

–Yo soy siempre encantador.

–No, normalmente eres distante y frío. Pero agradezco que no hayas dicho que todo esto es culpa mía.

–Es que no es culpa tuya, son cosas que pasan.

Alison sonrió.

— ¿Sabes una cosa? Me alegro de que seas mi hermano.

Nick se encogió de hombros.

— ¿Cómo va todo?

— Bien.

— ¿No vas a contarme nada sobre Candace?

— ¿Te importaría dejarme en paz? Bastantes problemas tengo...

— Te he dejado en paz toda la semana para no molestar — Alison hizo una pausa —. Nick, ¿tuviste una aventura con ella?

— ¡Por supuesto que no!

— Si no tuviste una aventura con ella, no puede ser la madre de Jennie.

— No, ahí te equivocas — Nick suspiró —. Por lo visto, Jilly fingió su embarazo y contrató a una madre de alquiler.

— ¿Una madre de alquiler?

— Así es.

— ¿Entonces Candace estaba diciendo la verdad? ¿Es la madre de Jennie?

— Eso parece — asintió él.

Aunque aún no había recibido el resultado de su prueba y no estaba dispuesto a aceptarlo hasta que tuviera pruebas irrefutables.

Su hermana apoyó los brazos en la mesa.

— Entonces debe haber planeado llegar a tu casa de alguna forma.

Nick estaba seguro de que Candace no había orquestado nada. Y no creía que fuese una embustera. Al contrario que su difunta esposa.

— No lo creo. A menos que hubiese tenido algo que ver con la infección de oído de Jennie... y supongo que admitirás que eso es imposible.

— Pero habría reconocido el nombre de Jennie cuando la llevamos al hospital esa noche.

—Sí, eso es verdad.

—Y no vaciló en aprovecharse.

Nick se encogió de hombros.

—Tal vez sentía curiosidad.

—Sí, claro, sería normal. Cualquier madre querría saber que su hijo está bien cuidado y yo se lo puse muy fácil. Los chicos estaban dándome tantos problemas esa tarde... y Candace era tan agradable, tan atenta con Jennie. Cuando le conté que Margaret nos había dejado en la estacada me dijo que no le importaría ser la niñera de Jennie durante un tiempo. Lo siento mucho, Nick.

—No tienes que pedirme disculpas. ¿Le dijiste que yo estaba fuera del país?

—Sí, seguramente se lo comenté.

Eso habría confirmado que Jennie la necesitaba. Pero no tenía sentido decirle a su hermana el problema que había creado.

—¿Entonces qué has decidido hacer?

—Aún no lo sé.

Era raro que se mostrase indeciso, pero tenía que pensar en Jennie.

—Podría haber sido peor —estaba diciendo su hermana.

—¿Peor?

—Jilly podría haber elegido una madre de alquiler desastrosa... como esas amigas que tenía. Candace es estupenda —Alison se levantó—. Puede que me pase por tu casa para ver cómo va todo. Y gracias por escuchar mis problemas, Nicky. Ahora me siento mejor.

Lo que su hermana quería decir era que iba a intentar tender un puente hacia la mujer que podría ser necesaria para la vida de Jennie. Y Nick sabía que también él debería pensar en esos términos.

Pero aún tenía que hacerse a la idea de que Candace era la madre de Jennie. Solo podía pensar en ella como la mujer que había tenido entre sus brazos, a la que había besado... la mujer a la que estaba deseando seducir.

Un ángel muy sexy al que estaba deseando volver a ver.

– ¿Sabes una cosa? Hoy no puedo concentrarme en el trabajo, así que me voy contigo.

Nick no dijo nada al ver la cara de sorpresa de su hermana. Primero Pauline, luego Alison. No se habría convertido en un adicto al trabajo, ¿no?

Su madre estaba en la cama, pálida y con aspecto cansado.

– ¿Cómo te encuentras, mamá?

– He tenido días mejores – intentó bromear Catherine Morrison.

– Mira, te he traído una sorpresa – dijo Candace, sacando a la niña del cochecito –. Se llama Jennie.

Catherine giró la cabeza sobre la almohada con cenefa de encaje a juego con la colcha que Candace le había regalado cuando se trasladó a la residencia cinco meses antes. La habitación estaba bien amueblada, con un bonito sillón tapizado en el que su madre podía sentarse para mirar el jardín por la ventana. Sobre la cómoda estaban sus perfumes favoritos y la estantería estaba llena de libros y fotos familiares.

– Hola, Jennie – su madre saludó a la nieta cuya existencia desconocía y a Candace se le hizo un nudo en la garganta.

– Estoy cuidando de ella.

– ¿Y tu trabajo como enfermera? Pensé que ibas a aceptar un puesto aquí una vez que estuvieras asentada en la residencia.

– Necesitaba un respiro del hospital, pero volveré al trabajo cuando haya descansado un poco.

Durante los últimos cuatro meses de embarazo Candace no había visto a su madre, inventando un viaje que, en realidad, no había hecho. Jilly le había ofrecido dinero para que fuese a Europa, pero Candace declinó la oferta. No se sentía cómoda aceptando dinero, de modo que alquiló una casita en la costa oeste, a una hora de Auckland, donde vivió tranquilamente mientras su familia y amigos creían que estaba al otro lado del mundo.

Qué ironía que durante ese tiempo Jilly hubiera estado engañando a todos con un falso embarazo.

Tal vez por eso la había visitado en la casita tan a menudo, incluso a veces pasando la noche allí. Debía haber aprovechado esas ocasiones para dejar atrás

la mentira de que estaba embarazada. La farsa debía ser agotadora y el miedo a que alguien lo descubriera...

Sin embargo, esas visitas debían haber incrementado las sospechas de Nick de que tenía una aventura con otro hombre.

Cuando Jennie nació, Candace estaba destrozada. El dolor de tener que separarse de su hija después de llevarla nueve meses en su vientre era insoportable y, de repente, su futuro le parecía un agujero negro.

Su madre había sabido de inmediato que le pasaba algo, pero la pobre creyó que se había enamorado de alguien durante el viaje.

Por supuesto, Candace no le había contado la verdad. La única forma de sobrevivir era no pensar en Jennie y volver a trabajar. Pero no había tardado mucho en darse cuenta de que sus días como enfermera de pediatría habían terminado.

No podía trabajar con bebés. Cada vez que miraba la carita de una niña recién nacida se preguntaba qué estaría haciendo su hija, si la estarían cuidando bien. Y, sobre todo, si la querrían.

La decisión de pedir el traslado a la UCI, tan lejos de los bebés como era posible, había sido inevitable.

Y entonces su madre había estado a punto de morir.

Catherine se había caído de una escalera mientras guardaba unas mantas en el armario y se había fracturado el cráneo. Había tardado una semana en volver en sí y los médicos temieron que sufriera una lesión cerebral permanente.

Mirando a su madre ahora, Candace se maravillaba del cambio.

Aún no estaba recuperada del todo y tenía algunas lagunas de memoria, pero estaba cada día mejor.

—Me gustaría salir al jardín —dijo su madre entonces—. Y seguro que a Jennie también le gustaría más que estar encerrada en la habitación de una anciana.

—Tú no eres una anciana —replicó Candace, aunque su madre había envejecido desde el accidente. Salir al jardín la animaría y la vitamina D también sería buena para ella—. ¿Seguro que puedes?

—Pues claro que puedo. Me encanta el sol.

Candace la ayudó a sentarse en la silla de ruedas y colocó a Jennie en su regazo.

– Vamos hacia los rosales.

Una vez allí, Candace intentó tomar a la niña en brazos.

– Debe pasar mucho.

– No, me gusta tenerla en el regazo – Catherine sonrió –. Hace siglos que no tengo a un bebé en brazos. Huele como olías tú... ese aroma especial que tienen los bebés, a piel limpia, a talco y algo más... ¿lavanda?

– Sí.

– La lavanda ayuda a dormir. Se me había olvidado.

– Y tiene propiedades antisépticas – Candace no quería mostrarse demasiado entusiasmada, pero se alegraba al ver que su madre empezaba a recordar –. Aunque no siempre funcionaba.

– ¿No duerme bien?

Candace suspiró.

– En general es un ángel...

Al decir eso, pensó en Nick. Él le había dicho que parecía un ángel.

– Tiene carita de ángel – Catherine acarició el pelo de la niña –. ¿Sus padres no se ocupan de ella?

– Su mamá ha muerto.

– Ay, pobre. ¿Y su padre?

– Es un empresario muy ocupado... tiene una cadena de tiendas de jardinería.

– Qué pena – Catherine arrugó el ceño –. Yo solía ir a las tiendas Valentine. Me encantaba comprar sus plantas... sobre todo las rosas.

– Yo trabajo para Nick Valentine – dijo Candace entonces. Pero su madre no podía saber que Nick y ella eran los padres de Jennie. No era posible. Catherine solo recordaba las tiendas porque había sido una gran aficionada a la jardinería antes del accidente –. De hecho, llevamos a Jennie a uno de los establecimientos, que tiene hasta un lago, y le encantaron los patitos.

– Imagino que también habría cisnes.

– Sí, desde luego.

¿Su madre estaba empezando a recordar? Los médicos le habían dicho que podría no recordar nunca cosas de su pasado.

—Y también había gansos. Uno de ellos le picó en el dedo.

—Pobrecita —su madre miró la mano de Jennie—. Pero ya está bien, ¿verdad? Ya no te duele.

Candace miró a su madre, con Jennie sobre el regazo. Aquel era un momento que guardaría en su memoria para siempre.

Cuando Candace llegó a la mansión Valentine, el sol empezaba a ocultarse en el horizonte y la luz anaranjada suavizaba las líneas rectas de la residencia.

Jennie y ella estaban agotadas, pero en el caso de Candace era un cansancio satisfecho, la sensación de haber cumplido una misión.

Y su alegría no se disipó cuando Nick apareció en el porche.

—Ah, has decidido volver —le espetó.

Ella lo miró, perpleja. Nick Valentine siempre llevaba traje de chaqueta pero aquel día llevaba un pantalón de chándal y una camisa arrugada. Y la miraba con un brillo de fuego en sus ojos azules.

—Pues claro que he vuelto.

—¿Se puede saber dónde has estado? Llevo horas llamándote.

Candace hizo una mueca mientras sacaba el móvil del bolso. Lo había apagado cuando llegó a la residencia y había olvidado encenderlo.

—Lo siento, tenía el móvil apagado. ¿Querías decirme algo importante? ¿Va todo bien?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, todo va bien.

—¿Por qué no estás en la oficina? —después de decirlo se le ocurrió que ésa no era la pregunta de una empleada sino de una esposa—. Lo siento, ya sé que no es asunto mío.

—Claro que es asunto tuyo. Tú eres la razón por la que estoy en casa. He tenido que cancelar una reunión con un proveedor porque mi hermana quería verte.

— ¿Para qué quería verme?

— Alison está preocupada por ti.

— Ah, ya.

— ¿Dónde estabais? — le preguntó Nick, mientras sacaba a Jennie de la sillita de seguridad.

— ¿Tu hermana sigue aquí?

— No, se fue hace horas. Y yo estaba a punto de llamar a la policía.

— ¡Lo dirás de broma!

— No, lo digo completamente en serio. Pensé que te habías escapado llevándote a Jennie.

— ¿Secuestrarla? Yo nunca haría algo así.

— Me alegro.

— Si me llevase a la niña perdería la posibilidad de pedir su custodia...

A su espalda escucharon un carraspeo. La señora Busby estaba en el vestíbulo.

— Yo me encargo de la niña.

Con desgana, Candace se la entregó.

— Ven, vamos al salón — dijo Nick—. Te aconsejo que lo pienses bien antes de llevar este asunto a los tribunales — empezó a decir cuando estuvieron solos—. Tienes todo que perder.

— ¿Qué quieres decir?

— Estoy siendo todo lo paciente que puedo, Candace. Pero si me presionas, pediré una orden de alejamiento contra ti.

El impacto de sus palabras hizo que diera un paso atrás. Si hacía eso, no podría ver a su hija. Tendría que acudir a los tribunales para cuestionar la legalidad de la custodia y para eso necesitaría dinero, mucho dinero. Un dinero que ella no tenía.

— No puedes hacer eso.

— ¿Me estás retando?

—No, no... sería insoportable no volver a ver a Jennie. No me hagas eso, Nick.

—¡Por favor, no llores!

El roce de sus labios fue una sorpresa, pero en lugar de apartarse Candace se encontró cediendo... apoyándose en el duro torso masculino mientras la besaba.

—Mírame —dijo Nick después, acariciando su pelo—. No debería haber dicho eso...

—Eres un canalla —lo interrumpió ella—. ¿Cómo podrías hacerme algo así?

—Escúchame...

—No me toques.

Candace salió de la habitación antes de que volviera a besarla y perdiera lo poco de su corazón que aún permanecía intacto.

Capítulo 9

Con la luz de la mañana reflejándose en las baldosas blancas del baño, Nick miró su rostro cubierto de crema de afeitar.

Tenía los ojos enrojecidos por falta de sueño. No había podido borrar de su mente la expresión dolida de Candace durante toda la noche...

Y no le gustaba lo que veía, no se sentía orgulloso de sí mismo.

Pensó entonces cómo habrían reaccionado las mujeres de su vida si estuvieran en la misma situación que Candace: Bertha Williams, su abuela, su hermana... incluso su traicionera esposa. Y llegó a una conclusión.

Todas ellas habrían luchado para conservar a su hija. Todas ellas se habrían quedado de piedra si las hubiera amenazado con apartarlas de la niña a la que habían traído al mundo.

Aunque Candace hubiese aceptado entregar a esa niña.

Nick pasó la cuchilla por su cara. En unos minutos, la crema había desaparecido y su piel brillaba, limpia, sin sombra de barba.

Pero sospechaba que no era lo mismo con su alma.

Una vez duchado y vestido, miró su reloj. Era la hora de desayunar, pero en lugar de bajar a la cocina se dirigió al otro lado del pasillo, hacia la habitación de Candace.

Ella estaba tumbada en el suelo, con Jennie en brazos, haciendo los ejercicios que veían en un programa de televisión.

Y las dos estaban riendo.

Candace llevaba un pantalón blanco muy, muy corto. Y la camiseta sin mangas de color azul cielo se ajustaba a sus curvas...

Demonios. La opresión que sentía en el pecho se convirtió en una bola que no lo dejaba respirar.

Desesperado, Nick apartó la mirada. Aquel sitio parecía... un hogar. De una forma que su casa, perfectamente decorada, no lo había parecido nunca.

Incluso él sentía que era un hogar.

Se quedó inmóvil, sin hacer ningún ruido, pero algo debió delatarlo porque Candace giró la cabeza... y al verlo dejó de reír inmediatamente.

—No paréis. Parece que Jennie lo está pasando en grande.

Candace sonrió tentativamente y Nick sintió como si la habitación se hubiera llenado de sol. Pero precisamente en ese momento sonó su móvil. Era el médico, para confirmarle que, con toda seguridad, él era el padre de Jennie. Nick le dio las gracias antes de cortar la comunicación.

Al mirar a la mujer que estaba tendida en la alfombra, su corazón latía con tal fuerza que hacía eco en sus oídos.

Candace había dicho la verdad, pero él no la había creído.

Nervioso, se acercó para sentarse a su lado y cuando levantó la mano, Jennie se agarró a su dedo con sorprendente fuerza.

—Te vas a arrugar el traje —dijo Candace.

Nick apartó la mirada de sus largas piernas.

Muy bien, de modo que eso era lo que iba a hacer, fingir que la noche anterior no había pasado nada.

Durante un segundo, Nick pensó que tal vez debería intentar explicar su confusión, lo que Jennie empezaba a significar para él. No había necesitado la llamada del médico confirmando que era su padre porque ya había empezado a quererla.

Pero, por fin, tomó la rama de olivo que le ofrecía:

—No importa que se arrugue.

Todo lo que importaba en su vida estaba allí, a su lado: Jennie en el regazo de Candace, sujetando su dedo como si no quisiera soltarlo nunca. Candace, con las mejillas enrojecidas, los ojos brillantes.

—Ha llamado mi médico.

—¿Y?

—Tiene el resultado de la prueba, Jennie es mi hija.

Candace se quedó en silencio y Jennie se colocó sobre su pecho tranquilamente, como si fuera su sitio. Las dos habían estado pasándolo tan bien antes de que él llegase... no lo necesitaban en absoluto.

Y eso hizo que se le encogiera el corazón.

Por primera vez, empezó a entender lo que Jilly debía haber sentido durante los siete años que estuvieron casados.

Se había portado como un canalla, resentido al verse atrapado en un matrimonio que no deseaba pero al que no había podido negarse. Había tenido que elegir entre lo malo y lo peor y Jilly había pagado su amargura.

Como si intuyera lo que estaba pensando, Jennie soltó su dedo y empezó a tirar de un rizo de Candace.

Nick se aclaró la garganta.

— Todos los años organizamos un festival en el establecimiento del centro de Auckland el domingo antes de San Valentín — empezó a decir—. Y es muy divertido. ¿Te gustaría ir?

— ¿Me estás pidiendo que salga contigo? ¿Como una cita?

Él hizo un esfuerzo por sonreír.

— No, no es eso.

— Ah.

Había vuelto a meter la pata.

— Candace... — cuando alargó una mano para ponerla sobre la suya, ella dio un respingo.

Nick apartó inmediatamente la mano para quitar una inexistente pelusa de su chaqueta.

— Había pensado que te gustaría estar con nosotros... pasar el día con Jennie.

Los ojos de Candace se iluminaron.

— Gracias, eso me gustaría mucho.

De modo que pasar el día con él no le interesaba en absoluto, pero pasarlo con Jennie era diferente. Debería haberlo imaginado. Él estaba loco de deseo pero evidentemente a Candace no le pasaba lo mismo.

En fin...

— Un hogar empieza siempre el día de San Valentín.

— ¿Qué?

– Ese eslogan es parte de mi última campaña de publicidad – le explicó Nick.

– Ah, sí. He visto los anuncios.

– Es un día para las familias – siguió él, incómodo—. Y deberías estar allí, por Jennie.

Esta vez, Candace no dijo una palabra y, sin saber que hacer, Nick se levantó.

– Bueno, será mejor que me vaya. No quiero llegar tarde al trabajo.

– Tú eres el jefe, no creo que importe.

– Claro que importa. Siempre he pensado que el jefe debe dar ejemplo y últimamente he tenido que faltar varias veces.

Aunque lo que más le preocupaba era cuánto disfrutaba haciendo novillos.

Con Nick en la oficina, Candace decidió aprovechar aquel glorioso día de verano para nadar un rato con Jennie. La piscina era una delicia y Jennie estaba en su elemento golpeando el agua con sus manitas mientras Candace la sujetaba sobre la superficie.

Durante todo el día había estado enfadada consigo misma. ¿Por qué no le había dicho a Nick que Jennie debería vivir con ella y no con él? Había tenido una oportunidad perfecta esa mañana.

Pero se había acobardado.

Tal vez por su expresión. En sus ojos había una vulnerabilidad que le había encogido el corazón. Y parecía tan solo...

Candace se dijo a sí misma que eso era una ridiculez. Los hombres como Nick Valentine no se sentían solos. Se casaban con mujeres bellísimas o riquísimas, vivían en mansiones diseñadas por los más famosos arquitectos, tenían empresas multimillonarias.

Pero Jilly estaba muerta...

Además, Nick no podía echarla de menos, pensó. ¿No le había contado él mismo que sospechaba que tenía una aventura con otro hombre? Y el engaño de Jilly dejaba claro que el suyo no había sido un matrimonio feliz.

Candace oyó pasos y, al ver a Nick dirigiéndose hacia ellas, sintió que se le encogía el estómago.

Era el segundo día que volvía temprano de trabajar... tal vez ser el jefe tenía sus cosas buenas después de todo.

– Llegas temprano.

– He firmado un contrato de diseño paisajístico, suministros de plantas y muebles de jardín para dos hoteles de la costa y he decidido que ya me había ganado el sueldo – Nick miró su reloj y levantó una ceja –. Además, las seis y media no es tan pronto.

– ¿Ya son las seis y media?

– El tiempo vuela cuando lo estás pasando bien.

– Madre mía, Jennie se habrá convertido en una pasa.

– Yo creo que está bien – Nick se puso en cuclillas al borde de la piscina y apretó la manita de su hija, que siguió chapoteando alegremente con la otra –. Tal vez debería ponerme un bañador y reunirme con vosotras.

La idea de verse atrapada con un Nick de buen humor, y en bañador, era más de lo que Candace podía soportar.

– Debería sacar a Jennie del agua. Debe estar muerta de hambre.

Cuando la sonrisa de Nick desapareció, Candace se sintió fatal.

– Bueno, la verdad es que no pasará nada por quedarnos un rato más. Ve a ponerte el bañador... te esperamos aquí.

Nick tardó cinco minutos en ponerse el bañador, tomar una toalla y bajar de nuevo a la piscina.

Candace y Jennie seguían en el agua, la niña gritando de alegría mientras Candace la movía adelante y atrás como si estuviera nadando.

Después de dejar la toalla sobre una tumbona, Nick se tiró de cabeza y Jennie abrió los ojos como platos cuando apareció a su lado. Pero, de repente, hizo un puchero y parecía a punto de ponerse a llorar.

– Oye, no, no... soy yo. No soy un monstruo marino.

– Quiere que la tomes en brazos – dijo Candace.

Jennie alargaba los bracitos hacia él y Nick empezó a hacer pedorretas en su cuello, haciéndola reír.

Candace vio entonces un brillo dorado en su dedo.

– Llevas alianza.

– Sí – dijo él.

– No todos los hombres llevan la alianza después del día de la boda.

– Me la regaló Jilly.

Y también había comprado la suya, pensó Nick, sintiéndose incómodo. Pero llevar alianza le había ahorrado muchas explicaciones inoportunas; aunque no todas las amistades de Jilly habían prestado atención a la banda dorada que lo marcaba como algo de «su propiedad».

– Sigues llevándola.

– No se me había ocurrido quitármela.

No había habido otra mujer en su vida, pero ahora estaba Candace...

Sus ojos se encontraron entonces. Sus pupilas, tan negras en contraste con el gris de sus ojos, atrapándolo.

– ¡Ay! – Nick bajó la mirada y vio que Jennie estaba tirando del vello de su torso –. Oye, que eso duele.

La niña sonrió, mostrándole un diente.

– ¡Le ha salido un diente!

– Sí, un incisivo inferior. Pronto le saldrá otro.

– Vaya, qué rápido estás creciendo. Aún no se me había ocurrido pensar en un aparato para los dientes. Todos los niños los llevan ahora.

– Y pronto empezará a salir con chicos.

Nick miró a Candace, perplejo. ¿Salir con chicos?

– Qué horror, no quiero ni pensar en ello. Cuando volvió a mirar la preciosa carita de su hija se sintió el hombre más importante del mundo. Era el hombre más importante para ella, al menos hasta que cumpliera los dieciséis años y empezara a salir con chicos.

– Tendré que encerrarte en tu habitación. Pienso vetar a todos los chicos que vengan a buscarte.

A Candace no pareció hacerle gracia la broma.

Al contrario, lo miraba con una expresión extraña. Pero enseguida se dirigió hacia los escalones para salir de la piscina.

Mientras la veía secarse con una toalla blanca, se le ocurrió que debía estar pensando en el futuro. Él estaría allí con su hija, Candace se habría ido. Jennie no tendría una madre para guiarla durante los difíciles años de adolescencia...

Demonios.

Por supuesto, le pediría ayuda a su hermana y Candace tendría su propia familia. Un marido, hijos...

Pero no podía imaginarla con otro hombre. Y le dolía pensar en ella con un niño que no fuese Jennie.

La intensidad de su respuesta lo tomó por sorpresa. ¿Qué le estaba pasando?

Obtuvo la respuesta a esa pregunta un segundo después.

No necesitaba verla secándose las piernas con la toalla para desear acariciarla, besarla, hacerle el amor. No quería que otro hombre compartiera esos momentos con ella...

Jennie eligió ese momento para mirar alrededor, con expresión asustada.

—¿Quieres ir con mamá? —le preguntó al oído—. Yo también, pero ese es nuestro secreto. Tiene que ser un secreto porque es una fantasía imposible.

Jennie balbuceó algo ininteligible, moviendo la cabecita como si lo entendiera.

Candace estaba esperando con una toalla al borde de la piscina y Jennie prácticamente saltó de sus brazos hacia ella.

El lazo no era solo por parte de Candace, Jennie también estaba encariñada con su madre biológica.

—Será mejor que le dé la cena. Debe estar hambrienta después de tanto ejercicio.

—¿Por qué no se la das aquí? —sugirió Nick—. Hace un día precioso... no tiene sentido encerrarse en casa.

Candace vaciló durante un segundo.

–Muy bien. Voy a subir a secarla y cambiarle el pañal, pero bajaremos enseguida.

Nick la vio desaparecer por la puerta de cristal, moviendo las caderas, la niña dando saltitos en sus brazos. Todo estaba saliendo bien, pensó. Pero sabía que tenía un tiempo limitado y pensar que podría haber algo entre Candace y él era una fantasía.

Candace no podía seguir viviendo con ellos porque cuanto más tiempo se quedase allí, más dolorosa sería la separación para Jennie.

Tenía que marcharse. Pero la mujer que lo volvía loco de deseo iba a odiarlo aún más cuando se lo dijera.

Candace tenía razón, pensaba Nick veinte minutos después. Jennie tenía tanta hambre que prácticamente devoró la papilla.

Frente a ellas en la mesa, con Jennie en una trona entre los dos mientras los rayos del sol se reflejaban en la superficie azul de la piscina, casi parecían una familia.

Nick abrió una botella de Sauvignon Blanc y sirvió dos copas.

–Se está quedando dormida – dijo Candace.

– ¿Por qué no subes a la señorita a su cuna? Voy a ver qué ha preparado la señora Busby para cenar.

Sospechaba que estaba jugando con fuego y Candace parecía a punto de negarse, pero lo sorprendió diciendo:

–Me conformo con un bocadillo. Bajo enseguida.

Nick sonrió, intentando disimular su nerviosismo.

–No tardes mucho.

Se decía a sí mismo que no iba a pasar nada.

Candace y él iban a compartir una copa de vino, a cenar juntos... y nada más. Él era capaz de controlar sus emociones, sus deseos. Después de todo, llevaba años haciéndolo.

Como había prometido, Candace bajó en diez minutos. Se había puesto un pantalón de chándal azul y una camiseta blanca, para disgusto de Nick. Ni rastro del bonito bañador azul. Una pena.

Aunque era mucho más seguro.

– Llegas en el mejor momento – le dijo. La señora Busby acababa de volver a la cocina después de dejar una bandeja de sándwiches.

– Jennie está agotada, la pobrecita – Candace dejó el monitor sobre la mesa antes de sentarse.

– Es el ejercicio. Seguro que dormiré de un tirón.

– Hasta las dos de la mañana. Suele despertar a esa hora.

– ¿Despierta todas las noches?

– Como un reloj – Candace sonrió mientras tomaba un sándwich –. Qué buena pinta tienen.

– Pollo ahumado con guacamole... y esos otros son de queso suizo con tomate.

Tardaron poco en comerse todos los sándwiches de la bandeja y cuando terminaron, Candace levantó su copa de vino.

– Por la señora Busby, que es una maravilla de cocinera.

Nick se inclinó hacia delante para chocar su copa.

– Por la señora Busby.

– Me ha contado que lleva diez años trabajando para ti.

¿Ya había pasado una década? Había estado siete años casado con Jilly y la señora Busby ya trabajaba para él cuando se mudaron a la mansión.

– Es posible. La contraté cuando vivía en North Sore... entonces tenía una vieja casa de estilo victoriano con un enorme jardín.

Jilly odiaba esa casa, que había sido la primera víctima de su matrimonio.

– La señora Busby me contó que la había construido uno de los pioneros de la ciudad. Y que la echa de menos.

– No lo sabía.

– Me habló del jardín, de los helechos que plantaste detrás de la casa. Dice que era como un mundo secreto. Según ella, a Jennie le habría encantado jugar allí porque era el típico sitio donde un niño puede imaginar historias de gnomos y hadas.

—Y de duendes —Nick no pudo contener una ola de nostalgia.

—¿Tú no la echas de menos?

La pregunta de Candace lo devolvió al presente. Él vivía en el presente, no en el pasado. Lo que ocurría en aquel momento podía controlarlo, el pasado no se podía cambiar.

—No —le dijo. Pero, para suavizar tan brusca respuesta, se encogió de hombros—. Era hora de cambiar.

Candace miró el edificio blanco detrás de ellos.

—Te mudaste a un sitio mucho más moderno. Esta casa es completamente diferente.

—Era una buena inversión: arquitectura de diseño, buena localización —Nick señaló el mar—. El valor de la casa se ha duplicado en estos años.

No tenía sentido decirle que era la casa de Jilly, no la suya. Nunca le había parecido un hogar.

Candace se apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Quieres hacerme creer que vendiste una casa que te gustaba solo porque habías encontrado una buena inversión?

—¿Por qué otra razón iba a hacerlo? Es lo más sensato.

Candace dejó escapar un suspiro.

—La señora Busby cree que vives aquí porque a Jilly le gustaba.

—Parece que la señora Busby y tú tenéis largas e interesantes charlas —dijo Nick, irónico.

—No estaba cotilleando, por favor, no creas eso. Te aprecia mucho.

—¿Y eso te sorprende?

—¿Quieres que sea sincera?

—Por supuesto.

Nick se preparó, esperando que no fuera «demasiado» sincera.

– La verdad es que sí me sorprende. Pareces una persona distante, remota. Y, sin embargo, la señora Busby insiste en decir que eres el mejor jefe que ha tenido nunca. Aunque, según ella, Jilly podía ser... irritante a veces. No lo ha dicho así de claro, pero eso me ha parecido entender.

– ¿Qué te ha contado exactamente?

– Es más bien lo que no me ha contado y lo bien que hablaba de ti.

– La señora Busby merece un aumento de sueldo por su lealtad. Porque Jilly podía ser muy irritante.

Y exigente e insegura. Y como la casa que tanto le gustaba, con una plétora de espejos y cristales que necesitaban ser pulidos continuamente.

– ¿La echas de menos?

Nick no vaciló ni un segundo.

– No.

Candace lo miró, perpleja.

– ¿Querías que te mintiera?

– No, no... pero tenía la impresión de que tú eras todo lo que ella siempre había querido.

Nick apartó la mirada y luego, después de jugar con ella durante unos segundos, se quitó la alianza del dedo.

– Ya es hora de que me la quite. Mi matrimonio con Jilly... nunca fue un matrimonio de verdad.

– Nick...

– Jilly está muerta y no quiero hacer un análisis de un matrimonio que no lo fue nunca.

Candace puso una mano en su brazo.

– Yo no quería...

Lo estaba matando. Y lo peor de todo era que ella no lo entendía.

– Nunca debería haberme casado con Jilly.

Pero Candace no podía entender lo que sentía. La confusión, los remordimientos, la frustración por los años perdidos.

El anhelo por una mujer como ella. Y cuando apartó la mano, se sintió perdido. Candace tomó un sorbo de vino, nerviosa. Nick lo entendía, pero la botella entera no podría saciar el deseo que sentía por ella. Y no tenía intención de perder el control. Por mucho que la deseara. Sabía que era el momento de marcharse. Antes de perder la cabeza y hacer algo que podría lamentar después.

—Mañana tengo muchas cosas que hacer —dijo, levantándose—. Creo que es hora de retirarme.

—Nick...

—¿Qué?

Candace sacudió la cabeza.

—No, nada. No importa.

—Dímelo —insistió él.

—¿Sigues queriendo que vaya contigo y con Jennie al festival el domingo?

Nick estaba seguro de que no era eso lo que había estado a punto de decir, pero no la contradijo.

—Sí, claro. Alison y su familia también estarán allí.

No quería que Candace supiera lo contento que estaba de que hubiera aceptado ir con él.

Capítulo 10

Una pancarta de bienvenida con corazones rojos ondeaba sobre la entrada del centro de jardinería Valentine.

—¿Cómo es posible que haya tantas rosas abiertas? —exclamó Candace mientras pasaba bajo el arco de entrada empujando el cochecito de Jennie.

—Lo tenía todo bien planeado, no dejo nada a la casualidad.

Un joven con una camiseta que decía *Jardines del amor Valentine* le ofreció un globo en forma de corazón.

—Gracias —Candace sonrió, inclinándose para atar el globo al cochecito. Los ojos de Jennie se iluminaron y cuando alargó la mano para tomar la cuerda y el globo se movió, lanzó un grito de alegría.

Nick rio también, en un momento que a Candace le pareció de pura alegría, pero enseguida recuperó el sentido común y se adelantó un poco.

No podía olvidar que había querido apartarla de su hija. Candace sabía que la batalla aún no había terminado. Nick Valentine era un experto hombre de negocios y no tardaría en atacar de nuevo, de modo que no podía bajar la guardia.

La terraza del café estaba rodeada de grandes tiestos con petunias rojas y blancas. En el patio de juegos, los niños subían por escaleras de cuerda y jugaban en los columpios instalados para la ocasión. Incluso había puestos donde varios jóvenes pintaban las caras de los niños o hacían animales con globos.

—Madre mía, esto es un carnaval.

—Algo así —asintió Nick, empujando el cochecito con una mano mientras con la otra la tomaba del brazo para abrirse paso entre la gente.

Candace sintió un escalofrío pero se obligó a sí misma a disimular.

Una camarera los acompañó hasta una mesa reservada en una esquina y Nick apartó una silla para ella antes de colocar el cochecito de Jennie.

—Hay un carrusel y más puestos frente al lago. Incluso hay un puesto de besos.

Candace apartó la mirada, decidida a no pensar en besos. La sensación de cosquilleo que seguía sintiendo en el brazo era más que suficiente.

—La pobre Jennie se está perdiendo la diversión. Mira, se ha quedado dormida.

Nick sonrió mientras le pasaba una carta.

– ¿Qué te apetece? Te recomiendo un batido de cereza, están buenísimos.

– Un batido suena bien.

La camarera se alejó y Candace miró alrededor. A un lado había un kiosco de música y varias parejas bailaban... a su madre le encantaría aquel sitio.

Pero los días para disfrutar de ese tipo de actividades habían terminado para Catherine Morrison.

– Hay algo para todas las edades. Es estupendo.

– Nuestro festival del día de San Valentín es parte del calendario social para muchos de nuestros clientes. Algunos llevan años viniendo... parejas mayores, familias, recién casados. Al final, todo el mundo quiere una familia, amor... un hogar.

Aquel no era el Nick Valentine que solía presentar ante el mundo. Era un Nick diferente, nada que ver con el obsesionado empresario que ella creía que era.

Y resultaba mucho más agradable.

– Lo dices como si lo creyeras de verdad.

– Pues claro que lo creo. Nuestros establecimientos proveen de todo lo necesario para tener un magnífico jardín en el que disfrutar con sus familias, tengan la edad que tengan.

Hablaba con tanta pasión sobre ello...

Y, sin embargo, su perfecta casa, con sus arbustos y su césped bien cortado, no tenía alma.

– ¿Y tu propio jardín?

– ¿Qué quieres decir?

– ¡Nick! No te había visto – una mujer de pelo gris se detuvo frente a su mesa y Nick se levantó para darle un abrazo.

– Bertha, qué alegría verte.

– ¿Ésta niña es la recién nacida que fui a ver a tu casa?

– Es Jennie, sí.

¿Podría ser una nota de orgullo lo que escuchaba en la voz de Nick?

—Madre mía, cuánto ha crecido —exclamó la mujer—. ¿Cuántas veces te he dicho que la llevaras a la oficina para verla?

—Lo siento, Bertha.

Nick Valentine estaba pidiendo disculpas. ¿Quién era aquella mujer?

—¿Y quién es esta jovencita tan guapa?

—Candace —se presentó ella misma—. La niñera de Jennie.

Por el momento.

—Candace, te presento a Bertha Williams.

—Este jovencito solía cortar el césped de mi casa.

—Bertha y Henry me dieron trabajo y me enseñaron todo lo que sé sobre el negocio. Y me convencieron para que estudiase paisajismo porque eso podría convertirse en una profesión.

—Henry y yo lo sabíamos todo sobre jardinería, pero no éramos tan buenos con los números... —la honestidad de Bertha dejó a Candace helada—. Nick nos ayudó mucho. Y, además, me dio trabajo.

—Contratarte fue una buena inversión.

—Para nosotros también. Desde que te hiciste cargo del negocio, Henry y yo hemos podido estar juntos sin la tensión de llevar una empresa. Estos años han sido maravillosos.

Candace no podía creer que hubiese empleado a Bertha solo porque la necesitaba. Aunque sus ojos estaban llenos de vida, las manos de la mujer estaban retorcidas debido a la artritis. Siete años antes ya tendría más de sesenta, de modo que Nick debía quererla mucho.

Y, sin embargo, no había llevado a Jennie a visitarla a la oficina.

¿Porque no creía que Jennie fuera su hija?

Antes de que pudiera seguir especulando, Bertha dijo:

—Darle a Nick un trabajo hace tantos años fue la mejor decisión que hemos tomado nunca.

– Halagándome llegarás a cualquier sitio – bromeó él.

Bertha claramente pensaba que era un hombre maravilloso. Como la señora Busby. Tal vez Nick Valentine no era el ogro que ella había pensado. ¿Pero podría darle a Jennie el cariño y la atención que merecía?

– ¿Quieres tomar un café con nosotros, Bertha?

La mujer miró de uno a otro con una sonrisa en los labios.

– Creo que es mejor dejar solos a los jóvenes – contestó, mirando a Candace –. Nick trabaja mucho, querida. Hazle un favor a una anciana y consigue que le pase bien esta tarde.

El festival estaba en plena ebullición y Candace parecía estar pasándolo bien, pensó Nick mientras paseaban frente al lago.

Hacer que cambiase de opinión sobre él como padre no era tan fácil como había pensado. Para empezar, le resultaba difícil hablar sobre sí mismo y, aunque había prometido pasar más tiempo con Jennie y portarse como un buen padre, eso significaba cambiar de vida.

Pero lo haría. Últimamente pasaba más tiempo en casa y tenía la intención de cumplir su promesa. Pero él nunca había sido el tipo de hombre que hacía confidencias.

Afortunadamente, su plan de invitar a Candace al festival, para que viese el imperio familiar que había construido, había recibido un empujón con los halagos de Bertha. Y podría haber besado a la mujer que había hecho un papel tan importante en su vida.

¿Cómo no iba Candace a reconsiderar su opinión sobre él? Entonces vio a su hermana haciéndole señas.

– Ah, mira ahí está Alison. Vamos, si Jennie despierta, podrá jugar con sus primos.

Nick le presentó a Richard, su cuñado, mientras sus dos hijos, uno de cuatro y otro de seis años, hablaban a la vez.

– ¿Podemos ir a ver a la princesa Piggy?

– ¿Nos das dinero para comprar algodón dulce?

Alison levantó los ojos al cielo.

– Vuestro padre os dará dinero, pero tenéis que volver en diez minutos.

– Puede que vaya con ellos – dijo Richard –. Por si se meten en algún lío.

Cuando los niños y el padre desaparecieron por el camino, Alison se volvió hacia Candace.

– ¡Niños! Qué suerte no tener ninguno.

Nick fulminó a su hermana con la mirada y Alison se dio cuenta de su error.

– Perdona, Candace, lo he dicho sin pensar.

– ¿Quién es la princesa Piggy? – preguntó ella, intentando cambiar de tema.

– ¿No has visto el puesto de los besos? Tienes que decirle a Nick que te lleve, es su puesto favorito.

Nick podría haber estrangulado a su hermana.

– ¿Qué puesto es ese?

– Mira – dijo Alison –, ahí está la princesa Piggy.

Dentro de un puesto pintado de color rosa había un cerdo con una corona de pedrería y una banda de raso sobre el lomo.

– Serás tonta...

– A mí me parece una cerdita muy mona.

Alison soltó una carcajada.

– Los fondos que consigamos hoy serán para una organización benéfica – le explicó Nick –. Y el puesto de la princesa Piggy suele tener mucho éxito.

– ¿La gente da dinero por besar a un cerdo? – exclamó Candace.

Nick señaló una fila de jarras con nombres escritos en rotulador negro, todas llenas de billetes.

– ¿Ves esas jarras? La gente paga para que otra persona bese al cerdo. A mediodía se cuenta el dinero y el nombre que contenga más votos tiene que besar a Piggy.

– Y tengo la impresión de que a ti te ha tocado hacerlo alguna vez – dijo ella.

– Mis empleados parecen pensar que es divertidísimo – Nick hizo una mueca.

—Sí, me parece que veo tu nombre en una de las jarras... —bromeó Alison.

Nick cerró los ojos y Candace soltó una carcajada, lo cual hacía que la idea de besar a Piggy casi le pareciese soportable.

—Y yo pensando que la gente hacía cola para besar a la chica más guapa de la ciudad o algo así.

—Mira, para compensar que vas a tener que besar al cerdo otra vez —empezó a decir su hermana—, me ofrezco como niñera de Jennie esta noche... por si quieres invitar a Candace a cenar.

El corazón de Nick dio uno vuelco dentro de su pecho.

—No, no... —empezó a decir Candace.

—A mí me parece una gran idea. Gracias, Ally —la interrumpió él—. No olvides que Bertha nos pidió que lo pasáramos bien, Candace.

Ella se mordió los labios.

—Seguro que lo pasareis bien —dijo Alison—. Y hablando de pasarlo bien, será mejor que vaya a comprobar qué están haciendo mis chicos.

Mientras paseaban a la orilla del lago, Nick vio un rostro familiar entre la gente y se preparó para el inevitable encuentro con su ex suegro.

—No esperaba verte por aquí, Desmond.

—Como futuro socio de la empresa, quería investigar mi inversión. ¿Y qué mejor día que hoy? —la sonrisa del hombre no llegaba a sus ojos—. ¿No vas a presentarme a tu amiga?

Nick sintió que Candace se ponía tensa.

—Es mi ex suegro, Desmond Perry. Desmond, te presento a Candace, la niñera de Jennie.

—Ya veo.

Sin prestar atención a la niña que dormía, Desmond miró a Candace de arriba abajo, dejando bien clara cuál era su opinión sobre ella, y Nick tuvo que contener el deseo de darle un puñetazo.

—Lo dudo mucho.

—Veo una mujer guapa que vive en tu casa...

—Una mujer que mi hermana contrató para cuidar de Jennie mientras yo estaba de viaje —lo interrumpió Nick, furioso con Desmond por la implicación y furioso consigo mismo porque no podía decir que era mentira.

Porque la verdad era que deseaba a Candace como no había deseado a otra mujer. La atracción que había entre ellos era muy poderosa y, además, había descubierto que tenían una hija en común.

Nick no podía dejar de imaginarse haciendo el amor con ella. Lo estaba volviendo loco.

Incluso en aquel momento, con el viento llevándole su perfume, tenía que hacer un esfuerzo para no estrecharla entre sus brazos.

—¿La chica que hablaba antes con vosotros no era tu hermana? —le preguntó Desmond.

Nick se puso alerta. Su suegro sabía que era Alison.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres saber si ya han encontrado nuevos locales?

Era un disparo en la oscuridad, pero el brillo en los ojos de Desmond lo delató.

—No sé de qué estás hablando.

—Seguro que sí lo sabes —dijo Nick—. Deja a Alison en paz, Desmond. Ésta es nuestra pelea.

El hombre miró alrededor.

—Acabo de ver a alguien con quien tengo que hablar. Pero seguro que estarás de acuerdo conmigo en que la gente haría cola para comprar un apartamento frente al lago.

—Eso no va a pasar. Te lo prometo.

Desmond lo fulminó con la mirada y, sin poder evitarlo, Nick dio un paso adelante...

—No, por favor —intervino Candace—. Vamos a seguir paseando... para que Jennie no despierte.

Nick sospechaba que había intentado evitar que le diera un puñetazo a su suegro. Y cuando la miró, entre ellos hubo una conexión inmediata.

—He encontrado a los chicos —Alison acababa de regresar a su lado—. Ah, hola, Desmond.

Murmurando un saludo, Desmond Perry se alejó.

— ¿He interrumpido algo?

— No, no...

Alison miró a sus hijos, a los que llevaba de la mano.

— No volváis a salir corriendo —les advirtió—. Vuestro padre volverá enseguida. Quedaos por aquí, donde yo pueda veros —luego se volvió hacia Nick—. ¿Qué hacía Desmond aquí, por cierto?

— Sospecho que él es el responsable de muchos de vuestros problemas.

— ¿Él? ¿Por qué?

— Quiere hacerme daño y hacerte daño a ti es la mejor manera de conseguirlo.

— ¿Sabes una cosa? —Alison se puso en jarras—. Voy a reunir apoyos para que sea ese imbécil el que tenga que besar a Piggy.

— Vamos a ganar esta batalla —dijo Nick entonces, volviéndose para mirar a Candace—. Siento haberte involucrado en esto, pero te advierto que mi hermana puede ser la mujer más peligrosa del mundo.

Y entonces se dio cuenta de que era verdad. Era Alison quien había organizado su cita con Candace esa noche y, dada la atracción que había entre ellos, iba a ser una ocasión peligrosa.

Capítulo 11

El restaurante que Nick eligió para cenar esa noche estaba en una de las zonas más elegantes de Auckland, Viaduct Basin.

Un aparcacoches se había llevado el Ferrari y, aunque el restaurante estaba lleno, el gerente les consiguió una mesa en la terraza, frente al mar, donde los últimos rayos del sol se reflejaban en las aguas del puerto, entre los yates.

La belleza de aquel sitio dejó a Candace sin aliento.

— Es maravilloso.

— ¿Verdad que sí?

Nick movió su silla para que los dos pudiesen mirar el mar mientras cenaban. Y, de inmediato, Candace sintió que le ardía la cara. Era tan grande, tan impresionante con una camisa negra de seda y pantalones del mismo color.

Nerviosa, pasó las manos por el sencillo vestido de algodón blanco que era lo único en su vestuario remotamente adecuado para la ocasión.

— Bertha se alegrará de que haya seguido su consejo — dijo Nick.

— ¿Qué consejo?

— Disfrutar de la vida. Ése podría haber sido el eslogan de Bertha y Henry.

— Parece que han sido muy felices, ¿no?

— Se tienen el uno al otro para todo — Nick estiró las piernas y Candace no pudo dejar de notar cómo la tela del pantalón se pegaba a sus poderosos muslos... y, de inmediato, apartó la mirada sintiendo que le ardía la cara.

— Esto es vida — siguió él, contento —. A partir de ahora, creo que voy a hacerle caso a Bertha. No he disfrutado lo suficiente en los últimos doce años.

Ella lo miró, sorprendida.

— En esos años levantaste una empresa, te casaste con la mujer de la que estabas enamorado y has tenido una hija. ¿Eso no es disfrutar de la vida?

Nick no contestó. Pero después de una larga pausa pasó el brazo por el respaldo de la silla.

— ¿Tú qué haces para pasarlo bien?

– No mucho.

– Mi hermana me contó que antes de trabajar en el hospital habías estado de viaje.

En realidad, había pedido una excedencia del hospital para disimular su embarazo. Afortunadamente no tuvo que contestar porque en ese momento apareció el camarero para tomar nota. Y cuando se alejó, Candace aprovecho para cambiar de tema.

– Bertha te aprecia mucho.

– Me conoce desde siempre. Henry, su marido, me contrató durante un verano, cuando me había metido en líos en el colegio por hacer novillos.

– ¿Te metías en líos?

– Vivía con mi abuela... ella tenía un huerto y solía mandarme a la tienda de Bertha y Henry a comprar semillas y cosas así.

Sacarle información a aquel hombre era como intentar sacar leche de una alcuza.

– ¿Y tus padres?

Nick se encogió de hombros.

– Se mudaron a Kenia cuando yo tenía diez años y se llevaron a Alison con ellos porque era muy pequeña.

– ¿Y te dejaron aquí?

– Mi abuela pensó que sería mejor que yo me quedase. Aunque quizá habría sido mejor que me hubiera ido con ellos. Afortunadamente, Henry me ofreció un trabajo durante el verano y eso evitó que mi abuela me enviase a África para que no me expulsaran del colegio.

– ¿Entonces no veías a tus padres?

– No, no han vuelto a Nueva Zelanda, siguen en Kenia. Pero unos años después, Alison volvió al funeral de mi abuela y decidió quedarse.

– Y te llevas muy bien con ella.

Nick se encogió de hombros una vez más.

– Es mi hermana.

Ninguna confesión de cariño y devoción fraternal, por supuesto. Y no la esperaba. Pero ella había visto cómo se tomaban el pelo el uno al otro y el evidente afecto que había entre los dos.

—Nick, ¿por qué quieres que piense mal de ti?

—No te entiendo.

—Sí me entiendes —dijo ella.

—Tal vez me parece lo más seguro —dijo Nick—. Ah, aquí llegan los entrantes.

—Sí, claro, cambia de tema —murmuró Candace, molesta.

El camarero dejó una bandeja de entrantes sobre la mesa y colocó a un lado un cubo de hielo con una botella de vino.

—¿Hablas alguna vez de cosas importantes? —le preguntó Candace, mientras probaba su ensalada.

—¿Qué tipo de cosas importantes?

Ella suspiró.

—Eres un experto en fugas, ¿eh?

—No sé de qué estás hablando.

Pero el brillo que vio en sus ojos azules le dijo que lo sabía muy bien y estaba decidido a evitar el tema.

—Puede que haya pensado que eras un mal padre...

—Oye, espera un momento...

—... pero jamás se me había ocurrido pensar que fueras un cobarde.

Nick apretó los labios, enfadado.

—¿Un cobarde por qué?

—Porque te da miedo hablar de cosas importantes.

—Has estado cotilleando con mi hermana, seguro.

—No, no es verdad. Pero qué interesante que estés de acuerdo —Candace respiró profundamente—. Te da miedo la intimidad.

— ¡Tú no sabes nada sobre mí!

— ¡Porque no dejas que nadie se acerque!

— No sabes lo que dices — murmuró Nick, airado.

— Tu mujer te quiso, pero tú no dejaste...

— Mi mujer no me quiso nunca — la interrumpió él—. Quería poseerme, ser mi dueña. Eso no es amor.

Por primera vez, la máscara se había resquebrajado y veía una rabia y una pasión tan feroces que casi la asustaban.

— Nick... — empezó a decir poniendo una mano sobre su brazo.

— No me toques... a menos que estés dispuesta a lidiar con las consecuencias.

Candace experimentó un escalofrío de emoción que la tomó por sorpresa. Ella nunca había sido arriesgada, pero el deseo que sentía por él le advertía que eso estaba a punto de cambiar. Y quería saber qué clase de hombre era Nick Valentine.

— Pues entonces dímelo, hazme entender.

— Muy bien, ¿quieres saber la verdad sobre lo que tú consideras un gran amor? Pues te la voy a contar.

Candace ya no sabía si quería escucharlo.

— Nick...

— Me has acusado de ser un cobarde, pero será mejor que me escuches... y luego podrás juzgarme.

Nick sacó la botella del cubo de hielo pero antes de que pudiera llenar su copa, Candace negó con la cabeza. Sospechaba que debía estar cien por cien sobria para aquella conversación.

— Mi mujer era fotógrafa — empezó a decir Nick—. Hacía fotos de flores y luego las ampliaba, convirtiéndolas en cuadros...

— Sí, lo sé. Eran muy populares. Yo compré una de sus fotos en una galería — dijo Candace. Se la había regalado a su madre por su cumpleaños, el último que celebraron antes del accidente. La fotografía era cara pero merecía la pena—. Así fue como nos conocimos.

Luego se habían encontrado en el hospital, cuando Jilly visitaba a una amiga que había tenido un niño prematuro. Ésa fue la primera vez que vio cuánto anhelaba tener un hijo. Se habían encontrado varias veces después de eso y Candace se sintió conmovida por la preocupación que Jilly mostraba por el hijo de su amiga.

—Yo la conocí cuando su padre nos encargó el diseño de su jardín —dijo Nick—. Jilly empezó a hablar conmigo y, antes de que me diera cuenta, me invitó a una fiesta en la mansión de los Perry, con promesas de más contratos... y, no sé cómo, empezamos a salir juntos.

Candace podía imaginarlo. Nick era un hombre fuerte, guapo, lleno de energía.

—Se enamoró de ti.

Él negó con la cabeza.

—Se enamoró de aquello en lo que creía que podía convertirme.

—No te entiendo.

—No pudo conseguir lo que quería, y siendo la niña malcriada que era, le contó a su padre que yo la había seducido y me negaba a casarme con ella. Desmond y yo tuvimos una fuerte discusión y le dije que su hija y él podían irse al infierno. Y entonces Desmond me advirtió que haría lo que tuviera que hacer para que me casara con su hija.

—¿Y qué pasó? —preguntó Candace, atónita por esas revelaciones.

—Que Desmond compró el centro de jardinería de Bertha y Henry.

—¿Cómo pudo hacer eso?

—El banco aumentó repentinamente el interés del préstamo y no podían pagarlo. Henry descubrió después que Desmond, el director del banco y una constructora se habían puesto de acuerdo para construir apartamentos en la propiedad. Los pobres se quedaron destrozados.

—Pero no puede ser...

—Te aseguro que sí. Desmond y el director del banco eran viejos amigos.

—Pero podrían haberlos denunciado.

—Bertha y Henry eran demasiado mayores para meterse en juicios y no tenían dinero para competir con los abogados de Desmond Perry.

– Pero eso es inmoral.

– Por supuesto que sí – asintió Nick –. Bertha y Henry fueron desahuciados de la propiedad y la pena hizo que Henry sufriera un infarto. Fui a ver a Desmond, furioso, y el canalla me dijo que yo podía evitar que perdieran su negocio.

– Casándote con Jilly...

– Exactamente. Pero no iba a ponérmelo fácil, por supuesto. A cambio de casarme con Jilly, me vendería el establecimiento de Bertha y Henry a un precio elevadísimo. Me odiaba y dejó bien claro que la situación empeoraría para ellos si no aceptaba el trato. No solo perderían el establecimiento sino la casa en la que habían vivido durante cuarenta años. Los dejaría en la calle...

– Pero eso es horrible.

– No tuve más remedio que casarme con Jilly... – Nick tragó saliva –. Pero además de un pago astronómico, debía dejarle a Jilly parte de mis acciones, una forma de controlar mi comportamiento. Podría recuperarlas cuando hubiese terminado de pagar la deuda de Bertha y Henry o cuando tuviéramos un hijo, pero Jilly murió antes de que hiciese el último pago.

– Pero tuvisteis a Jennie...

¿Por qué estaba Jilly tan desesperada por tener un hijo?, se preguntó Candace.
¿Para atrapar a un hombre que no había querido casarse con ella?

Quería creer que lamentaba lo que había hecho, pero se daba cuenta de que Jilly la había engañado.

– Yo no sabía si Jennie era hija mía y ahora he descubierto que tú eres su madre biológica.

– Pero Jilly la adoptó. Jennie es hija de Jilly, de modo que esas acciones son tuyas.

Nick se encogió de hombros.

– Mi abogado está investigando eso ahora mismo.

– ¿Qué hiciste después de aceptar el trato?

– Empecé a trabajar como un loco para pagar a Desmond.

– ¿Y contrataste a Bertha?

—Me quedé con su establecimiento, de modo que le ofrecí un puesto de trabajo porque sé que es lo que más le gusta en el mundo. Trabaja solo por las mañanas, el resto del tiempo lo pasa con Henry.

—Es lógico que te quiera tanto —dijo Candace.

—Ella no sabe la mitad de lo que pasó y no pienso contárselo nunca.

—Yo no diré una palabra. Pero dada la situación, ¿por qué decidisteis formar una familia?

—Jilly siempre había querido un hijo —Nick apartó la mirada—. Y yo no pasaba mucho tiempo en casa... supongo que se sentía sola.

Candace sintió una punzada de celos. Su unión no había dado como resultado un hijo y tal vez así era como tenía que ser. Pero el otro lado de la moneda era igualmente duro de aceptar: Nick y ella tampoco podían ser una pareja.

¿O sí?

—Pero algo cambió —estaba diciendo él—. Cuando Jilly dejó de hablar de «nuestro hijo» me convencí a mí mismo de que tenía un amante.

—Tal vez dejó de pensar en el niño como su hijo —sugirió Candace—. Después de todo, los óvulos eran míos y lo estaba gestando yo.

—Sí, es cierto. Tal vez tengas razón —Nick sacudió la cabeza—. Dios, qué horror. Saqué la conclusión equivocada, pero no quería hablar con ella. En realidad fue un alivio porque en lo único que pensaba era en devolverle a Desmond el dinero. Tenía intención de divorciarme de Jilly y era mejor que el niño no fuera hijo mío.

Candace puso una mano sobre la suya.

—Lo siento mucho.

—No es una historia muy bonita.

—Imagino que debiste sentirte atrapado, pero nunca lo has pagado con Jennie.

—No sería sincero si no reconociese que sentí cierto resentimiento. Pensaba que era hija de otro hombre, pero no tardé mucho en darme cuenta de que es una criatura inocente y resulta imposible no quererla. Jennie es especial.

Nick enredó los dedos con los suyos y sus miradas se encontraron.

Después de eso, Candace no podría decir si comió algo durante la cena. Se le encogía el estómago cuando sus ojos se encontraban y la anticipación aumentaba a medida que pasaban las horas. No podía dejar de pensar en el sufrimiento de aquel hombre que había trabajado tanto y que había demostrado ser una persona honorable.

Un digno padre para Jennie.

De vuelta en casa, Nick siguió a Candace por la escalera de mármol.

—Gracias por la cena —dijo ella, una vez arriba—. Lo he pasado muy bien.

Nick dio un paso adelante pero sin tocarla, dándole la oportunidad de marcharse.

—Creo que debería ir a mi habitación...

Pero no se movió.

El silencio se alargó y, por fin, cuando Nick pensó que había tenido tiempo suficiente para darse la vuelta, abrió los brazos. Y Candace no vaciló.

La tensión había ido aumentando en esos días hasta llegar a un punto sin retorno y cuando dejaron de besarse los dos respiraban con dificultad.

Nick levantó una mano para acariciar su pelo y Candace se puso de puntillas para besarlo con la misma intensidad, dejando claro que la atracción era mutua.

Cuando el beso terminó, Nick tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener el control. Pero Candace no se lo ponía fácil...

Temblando, desabrochó los diminutos botones de su vestido y, al comprobar que no llevaba sujetador, la apretó contra él para que pudiera sentir lo que le hacía. Candace se movió haciendo pequeños círculos con las caderas y la erección de Nick tomó vida propia, deseando liberarse.

Mientras bajaba los tirantes del vestido, inclinó la cabeza para besar sus hombros, sus pechos, respirando ese aroma suyo tan familiar.

Con el corazón enloquecido, la tomó en brazos para llevarla a su habitación. Abrió la puerta con el pie y la dejó suavemente sobre la cama antes de encender la lámpara de la mesilla, que iluminaba la colcha de color oro viejo. Para entonces estaba temblando, el deseo que había estado conteniendo durante esos días a punto de estallar.

—Eres preciosa...

Debajo del vestido llevaba unas braguitas de encaje que no duraron un segundo. Tirando del cuello de su camisa, Nick se la quitó a toda velocidad y un segundo después los pantalones se reunían con ella sobre la alfombra.

La tocó con manos temblorosas... era tan suave, tan cálida. Impaciente, exploró con los dedos el valle entre sus pechos, sus caderas, su estómago plano, el triángulo de rizos entre las piernas.

Estaba preparada y cuando deslizó dos dedos en el húmedo canal y ella levantó las caderas, Nick tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.

Pensó entonces en los preservativos que guardaba en la mesilla, pero decidió no usarlos. No importaba si la dejaba embarazada porque iba a casarse con ella.

No había sido una decisión consciente, sencillamente sabía que era lo que debía hacer.

– Lo siento – murmuró –. No puedo esperar.

Candace enredó las piernas en su cintura, dándole el acceso con el que había fantaseado tantas noches.

– Hazme tuya – murmuró, metiendo la mano entre los dos para ayudarlo.

– No puedo esperar más.

Nick se enterró en ella, luchando contra la cascada de sensaciones que amenazaba con tragárselo. Sujetando sus nalgas, se perdía por completo en aquella mujer, el placer haciendo que cerrase los ojos.

Una, dos, tres embestidas.

Candace echó la cabeza hacia atrás cuando Nick se dejó ir en el útero donde había estado su hija y la pasión los consumió a los dos.

Nunca en toda su vida había sentido algo parecido.

Candace abrió los ojos y al ver la colcha de color oro viejo tuvo que parpadear. No necesitaba girar la cabeza para saber que había dormido con Nick Valentine...

¡Jennie!

Entonces recordó que la niña estaba en casa de la hermana de Nick.

– Buenos días – murmuró él, levantando una mano para acariciar su pelo.

– Buenos días.

– ¿Qué te pasa?

– No lo sé, me da vergüenza...

– ¿Por qué? Tenemos una hija en común. Hemos hecho las cosas al revés, eso es todo – intentó bromear Nick.

Por la noche la había hecho sentir tan especial. Pero a la luz de la mañana le parecía... raro.

¿Qué había hecho? ¿Cómo iba a seguir trabajando para Nick? ¿Cómo podía haber puesto en peligro la relación con su hija?

¿Y todo por qué, por una noche de pasión? Iba a tener que marcharse. A dejar a Jennie.

Se le encogió el corazón al pensar eso.

Tendría que despedirse de Nick.

No, no podía dolerle dejar a Nick. Él no significaba nada para ella.

Pero negarlo no evitaba que se le encogiera el corazón al pensar en lo que había sufrido, en lo solo que debía sentirse.

No podía haberse...

No, no quería pensarlo. Enamorarse de Nick sería absurdo.

– Ven aquí – dijo él, envolviéndola en sus brazos.

Candace se resistió durante un segundo, pero después dejó que la abrazase, temblando al pensar lo fácil que sería sucumbir.

– Nick, no. No quiero hacer el amor de nuevo.

– ¿Por qué no?

– Porque no puede ser.

– Puede que lo laments más adelante.

– No, te aseguro que no. No podemos ser amantes.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Lo decía con aparente convicción y rezaba para que él no notase la desesperación en su voz.

Capítulo 12

El rugido del Ferrari en la entrada de la casa hizo que la tensión que Candace llevaba sintiendo durante cuarenta y ocho horas aumentase un poco más.

«Huye, márchate».

«No estás enamorada de él».

Pero no había necesidad de marcharse y tampoco pensaba esconderse. Se quedaría donde estaba, en el piso de arriba, jugando con Jennie.

El recuerdo de esa noche hacía que su corazón se volviera loco, pero entonces Jennie empezó a balbucear y, como siempre, Candace se derritió.

La sonrisa de la niña lo ponía todo en perspectiva.

No había hecho nada malo. Sí, se había acostado con Nick Valentine y había sido un error. Pero no era el amor de su vida... tenía que decirse eso a sí misma. A pesar del placer que había experimentado entre sus brazos, a pesar de haberle parecido inevitable, había sido un error de juicio que lamentaba amargamente.

Pero no había razón para que eso le causara tal angustia.

Salvo si hubiera consecuencias...

Candace se decía a sí misma que no las habría. No era el momento del mes, pero había sido tan irresponsable...

Y el problema era que Nick estaba haciendo increíblemente difícil que lo olvidase.

Cada mirada, cada comentario parecía calculado para desconcertarla. Y el sonido de sus pasos en la escalera hizo que su pulso se acelerase.

Pero al ver su rostro serio se asustó.

— ¿Qué ocurre?

Nick sacudió la cabeza antes de tomar a Jennie en brazos.

— Desmond...

— ¿Qué ha pasado?

— Desmond ha solicitado la custodia de Jennie.

—Dios mío... —Candace se llevó una mano al corazón—. ¿Y tú crees que podría conseguirla?

—Por encima de mi cadáver —respondió él, enterrando la cara en el cuello de su hija—. Tiene dinero y poder, pero también los tengo yo. Y esta vez voy a luchar con todas mis fuerzas.

—¿Por qué quiere la custodia de Jennie?

Nick vaciló mientras dejaba a Jennie sobre la alfombra.

—Dice que soy un mujeriego, que Jennie no está bien atendida... parece que al verte en el festival pensó que había ensuciado la memoria de su hija, que la había reemplazado por ti.

—Pero Jilly ha muerto y... y tendría que demostrar que Jennie no está bien atendida —dijo Candace, tragando saliva.

—Incluso tú pensaste que no era un buen padre.

—Pero ya no lo pienso.

—Llamaré a amigos de Jilly, testigos que afirmen que la niña no me importa, que estoy siempre de viaje. Esa misma gente dirá que no estuve interesado en el embarazo, que ni siquiera estuve durante el parto, que no volví a casa cuando Jennie estuvo enferma...

Parecía tan angustiado que a Candace se le rompió el corazón.

—No voy a perder a mi hija —anunció entonces, decidido—. Desmond no sabe lo que ha hecho. No puede pedir la custodia porque no es su nieta... no hay ningún lazo biológico entre Jennie y él.

—Pero Jilly adoptó a la niña.

—Yo no tengo pruebas de esa adopción. Tú y yo somos los padres biológicos de Jennie. Además, esto no tiene nada que ver con la niña. Desmond no tiene interés por Jennie, solo quiere hacerme daño a mí.

—Pero eso es una locura.

—Desmond Perry es un loco, pero no se me había ocurrido pensar que me odiase tanto. Y si perdiese a Jennie... me moriría.

La intensidad de esa respuesta fue una revelación. La quería de verdad.

Candace puso una mano sobre la suya, transmitiéndole su amor a través de los dedos, esperando que eso le diera fuerzas para luchar contra Desmond Perry.

— ¿Qué vamos a hacer, Nick?

«¿Vamos?».

Nick miró a la mujer que estaba a su lado.

— No es problema tuyo, Candace.

— Claro que lo es. Soy la madre de Jennie, no vas a dejarme fuera de esto.

— Si hiciéramos público que Jennie no es hija de Jilly sino tuya, la demanda de Desmond no llegaría a los tribunales.

Era un paso peligroso y le daría una ventaja a Candace que él no podría controlar. Pero merecía la pena arriesgarse.

— De ese modo, Desmond no podría alegar lazos biológicos con la niña.

— Pero sería un escándalo.

— Eso me da igual — Nick lo pensó un momento —. ¿A ti te importaría si lo hiciéramos público?

— No, claro que no — respondió ella —. No se me ocurre nada mejor que decir públicamente que soy la madre de Jennie.

Había llegado el momento de la verdad, pensó Nick. Si anunciaba que era la madre de Jennie no habría marcha atrás.

Y supo en ese momento que no iba a dejarla ir, que la quería en su vida.

— Entonces, cástate conmigo.

— ¿Qué?

— Si te casas conmigo, y siendo los padres biológicos de Jennie, ningún juez le daría la custodia a Desmond. Juntos refutaríamos cualquier prueba de negligencia que pudiera presentar. Jennie tendría un padre y una madre, un hogar seguro. ¿Qué más puede necesitar un niño?

Pero no solo se quedaría con Jennie, Candace no podría marcharse.

— Es la mejor solución para Jennie — insistió Nick.

¿La mejor solución para Jennie? Si se casaba con él, Candace sabía que sufriría. Casarse con un hombre del que estaba enamorándose, vivir con él todos los días pero no recibir su amor...

Sonaba como un infierno.

—No creo que nadie pudiera ser mejor madre para la niña —insistió Nick al ver que vacilaba—. Y tal vez estés embarazada. La otra noche no usamos protección... ¿o estás tomando la píldora?

—No, no. Pero no creo que me haya quedado embarazada —se apresuró a decir Candace, apartando la mirada—. No tienes que casarte conmigo por eso.

—No tengo que hacer nada. Pero casarnos sería lo mejor para todos.

¿Por qué sugería eso? Siete años antes se había visto atrapado por Jilly y Desmond y ahora lo hacía por Jennie.

Estaba dispuesto a sacrificarse por amor a su hija.

Candace miró a la niña, que estaba jugando con unos bloques de colores sobre la alfombra y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había decidido ser la niñera de Jennie porque estaba convencida de que Nick era un mal padre, pero acababa de demostrar cuánto quería a su hija.

Llevando aire a sus pulmones, Candace miró al hombre que había puesto su mundo patas arriba.

—¿Pero y tú? —le preguntó. No quería que renunciase a tanto por su hija—. No es la mejor solución para ti... te verás de nuevo atrapado en un matrimonio que no deseas.

—Esta vez es diferente.

El corazón de Candace dio un vuelco. ¿Sería posible que empezase a sentir lo mismo que ella?

Casi tenía miedo de preguntar.

—¿Por qué será diferente?

Nick alargó una mano para tocar su mejilla, dejando un rastro de fuego a su paso.

—Porque esta vez tendré una esposa y una amante.

No, decidió Candace, ella quería más. Quería que Nick dijese que la amaba.

— ¿Por qué será diferente? Jilly también era tu amante.

— No, Jilly y yo nunca hicimos el amor. No dormíamos juntos — Nick apretó los labios —. No hubo sexo entre nosotros en siete largos años.

— Pero una vez me dijiste que no había habido otras mujeres — murmuró ella, perpleja.

— Y así es.

Siete años. Era lógico que estuviese tan desesperado.

Nick no iba a casarse con ella porque la amase sino para que Jennie tuviera un padre y una madre. Iba a cometer el mismo error que cometió con Jilly pero, en lugar de salvar a Bertha y Henry, iba a salvar a Jennie. Y esta vez el sexo sería parte del trato.

El dolor en su corazón se hizo más intenso.

Nick Valentine merecía encontrar una mujer a la que de verdad pudiese amar para toda la vida. Y Candace desearía ser esa mujer, pero no lo era. Aunque Nick era el padre de su hija y el hombre del que estaba enamorada.

Nick nunca sería suyo.

— Lo siento, no puedo casarme contigo — le dijo, con el corazón encogido —. Ni siquiera por Jennie.

Nick se había retirado al santuario de su estudio, donde se sirvió un vaso de *whisky* de malta antes de dejarse caer sobre un sillón.

Había estado tan seguro de que ella aceptaría...

En su opinión, sería la solución perfecta y no entendía por qué había dicho que no. Él creía que Candace lo deseaba tanto como la deseaba a ella, pero lo había rechazado.

Bueno, tal vez lo merecía por haber estado tan seguro.

Nick levantó el vaso y tomó un sorbo de *whisky*, pensativo.

Tenía que convencerla para que se casara con él.

No había mucho tiempo y tendría que moverse rápidamente si quería ganarle la partida a Desmond. Tenía que hacerlo de inmediato si quería conservar a Candace.

Capítulo 13

Nick rara vez había entrado en el dormitorio de Jilly durante su matrimonio y cuando atravesó el umbral notó que olía... a vacío, a habitación de hotel. Abrió las cortinas para dejar que entrase el sol y miró alrededor.

El edredón gris y blanco estaba nuevo, sin tocar. Había dos frascos de perfume sobre la cómoda y un jarrón Lalique con tulipanes de seda sobre un escritorio frente a la ventana.

Sintiéndose como un intruso, Nick entró en el vestidor. La ropa de Jilly había sido entregada a una organización benéfica y la caja de seguridad estaba vacía. Él mismo había depositado las joyas de su mujer en el banco el día después del funeral.

Cualquier esperanza de encontrar secretos que no hubieran muerto con Jilly desaparecía mientras miraba las toallas, el secador, las bolsas de cosméticos, las cosas personales de su mujer que seguían allí.

De vuelta en el dormitorio, miró en los cajones de la cómoda, en las mesillas, todo vacío como esperaba. Nick se acercó al escritorio, sabiendo lo que iba a encontrar. En el primer cajón había un monedero, un talonario, un pasaporte, una agenda y una carpeta con tarjetas de crédito canceladas. En el siguiente estaban el ordenador portátil de Jilly y un iPhone.

Dejándose caer sobre la silla, Nick sacó el ordenador y lo encendió. No se le había ocurrido mirar allí... y en menos tiempo del que esperaba había encontrado un archivo llamado *Mi Diario*.

A la mañana siguiente, Nick entró en la oficina de Desmond Perry sin anunciarse.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —le espetó su ex suegro.

Con toda tranquilidad, Nick se sentó frente al escritorio.

—Si lo prefieres, puedo venir otro día con mi abogado. O puedes escuchar lo que tengo que decirte, tú decides.

—¿Qué quieres?

—Quiero que dejes de acosar a mi hermana y mi cuñado y que le digas a tu amigo de NorthPark que retire la demanda de desahucio —Nick hizo una pausa—. Quiero que no intentes adquirir acciones de la empresa Valentine y, sobre todo, quiero que retires la solicitud de custodia de mi hija Jennie.

— ¿Por qué iba a hacer eso?

— Jennie no es hija de Jilly.

— Ya lo sé.

— ¿Lo sabes? Entonces sabes que no tienes derechos de custodia.

— Mi hija adoptó a esa niña, es mi nieta.

— No hay pruebas de que la hubiese adoptado y yo no quiero que mi hija crezca como lo hizo Jilly, con un tutor que solo sabe demostrar cariño con dinero.

Desmond se echó hacia atrás como si lo hubiera golpeado y Nick lamentó ser tan duro con un hombre que había perdido a su hija. Pero era cierto.

— He encontrado el diario de Jilly —siguió—. Allí lo cuenta todo, incluso la razón por la que el proceso de inseminación fue hecho fuera de Nueva Zelanda. Cuando firmé el documento aceptando que mi esperma fuese enviado a la clínica de Namkhet no sabía que no iba a dejar embarazada a mi mujer sino a una madre de alquiler.

— ¿Y qué tiene eso que ver?

— En Nueva Zelanda, por ley tiene que aparecer el nombre de la madre de alquiler en la partida de nacimiento. Jilly sobornó a la comadrona en Namkhet para que no dijese nada sobre la madre biológica de la niña, por eso su nombre no aparece en ningún sitio. Esa partida de nacimiento será corregida...

— No pienso corregir nada —lo interrumpió Desmond.

— ¿Quieres que se haga público el fraude que cometió Jilly? ¿Quieres que todo el mundo sepa que me mintió a mí, su marido, sobre un embarazo que no existió nunca? ¿Sobre el proceso de inseminación a una mujer a la que yo no conocía, sobre el soborno...?

— ¡Ya está bien!

— ¿Quieres ver cómo su imagen queda hecha pedazos? —siguió Nick.

— No —concedió Desmond por fin—. Prefiero que se recuerde a Jilly como la chica guapa y alegre que era antes de casarse contigo.

— Yo no era el hombre para ella, eso desde luego. Pero en el diario de Jilly he encontrado una cláusula que añadió a su testamento, dejándome las acciones de Valentine a mí.

La cláusula había sido añadida poco después del nacimiento de Jennie y Nick se lo agradecía.

Desmond tomó un bolígrafo.

– Mi abogado me dijo que Jilly le había pedido que añadiera una cláusula, pero no tenía el documento firmado.

– Lo firmó ante testigos y es válido. Se lo he enviado a mi abogado.

Después de unos segundos, Desmond dejó escapar un suspiro. Parecía menos arrogante y mucho más viejo que unos segundos antes.

– Parece que no tengo mucho que decir.

– ¿Entonces retirarás la demanda de custodia?

El hombre asintió con la cabeza.

– ¿Hablarás con NorthPark para que revoquen la orden de desahucio y dejarás de intentar comprar acciones de mi empresa?

– Haré lo que quieras – respondió Desmond, sin mirarlo.

Nick recordó que aquel hombre había perdido a su hija trágica e inesperadamente y, aunque no quería saber nada de él en el futuro, no quería ser su enemigo.

– Tengo intención de crear un jardín para niños en el centro Valentine de Auckland... en memoria de Jilly. Llevará su nombre y me gustaría que estuvieras en la inauguración.

– Mi hija te lo agradecería mucho – murmuró Desmond –. No lo sé, puede que vaya.

– Muy bien – Nick le ofreció su mano –. Me alegro de que hayamos resuelto nuestras diferencias.

Y luego salió del despacho sabiendo que Desmond Perry ya no sería una amenaza para su familia.

Candace estaba reclinada en una hamaca frente a la piscina, secando el pelito de Jennie con una toalla, cuando oyó los pasos de Nick.

Se había ido temprano a trabajar y lo echaba de menos. Se había acostumbrado a que estuvieran los tres, Nick, Jennie y ella, compartiendo el desayuno en la terraza pero desde que rechazó su proposición se había alejado de ella.

– Tengo que hablar contigo.

– ¿Sí?

– Desmond ha aceptado retirar la demanda de custodia de Jennie.

Candace dejó escapar un suspiro.

– Gracias a Dios. Pero hay algo más, ¿verdad?

– He encontrado el diario de Jilly... ¿tú sabías que tu nombre no aparece en la partida de nacimiento?

– Me lo dijiste cuando te conté que era su madre biológica, pero no puede ser.

– Durante el parto hubo una comadrona...

– Sí, claro. Me extrañó que tú no estuvieras, pero Jilly me dijo que habías tenido que salir de viaje.

– Según ella, aún faltaban tres semanas para su falso parto, de modo que creí que había mucho tiempo. Pero he descubierto que sobornó a la comadrona para que no dijera nada sobre ti, por eso solo aparece su nombre en la partida de nacimiento. Pero no lo entiendo, ¿cómo pudo hacer eso en un hospital?

Candace sacudió la cabeza.

– Jennie no nació en el hospital. Tu mujer alquiló una casa y contrató personal médico... decía que para ella era importante y yo acepté – Candace tragó saliva. Era el momento de contarle algo de lo que no estaba orgullosa – . Jilly me dio dinero, Nick.

Él hizo una mueca.

– Dijiste que solo había pagado los gastos.

– Y así fue, pero después del parto Jilly fue a verme, sin Jennie. Yo estaba destrozada y rezaba para que hubiese cambiado de opinión y me devolviera a la niña... pero iba sola. Le conté que mi madre estaba en el hospital. Había quedado inconsciente después de una caída y sospechaban que podría sufrir un daño cerebral... empecé a llorar y no podía parar. No sabía qué hacer. Probablemente no me creerás, pero Jilly me consoló.

—Sí te creo. A Jilly le gustaba ser necesitada. Tal vez porque demasiada gente en su vida no la necesitó nunca.

—Jilly se ofreció a pagar la residencia de mi madre. Iban a darle el alta en el hospital porque no podían hacer nada por ella y yo no tenía dinero...

—De modo que, al final, aceptaste dinero a cambio de Jennie — dijo Nick.

Candace negó con la cabeza.

—No, no fue así. Jilly insistía y, al final, acepté porque mi madre lo necesitaba.

Él no dijo nada. La miraba sin expresión, la vena de su frente marcada.

—¿Sabes una cosa? —Candace suspiró—. Me sentí culpable después de dar a luz porque en el fondo sentía que había cambiado a Jennie por el bienestar de mi madre. Pero decirle a Jilly que le devolvería el dinero no me ayudó en absoluto. Las dos sabíamos que no iba a poder pagarlo.

—Lo siento —Nick apretó su mano—. Había encontrado información sobre ese pago y saqué una conclusión equivocada... pero Jilly te apreciaba mucho. Habla de ti en su diario.

—Yo también la apreciaba mucho, pero me daba tanta pena... estaba desesperada por tener un hijo.

—Sintió que podía manipularte y sospecho que te dio ese dinero porque tenía remordimientos de conciencia.

—Qué horror.

—No, no... porque al final tenemos a Jennie.

La distancia que había sentido entre los dos desapareció en ese momento.

—Y te conocí a ti —siguió él—. Y eso no hubiera ocurrido de no ser por Jilly.

Antes de que Candace pudiera responder, Nick se levantó.

—Será mejor que vuelva a la oficina. Tengo varias reuniones sobre la expansión de la empresa en South Island y cuanto antes termine, antes podré volver a casa — luego hizo una pausa—. Tal vez podríamos ir a visitar a tu madre este fin de semana. Me gustaría conocerla.

Capítulo 14

— ¡Has traído a Jennie! — exclamó Catherine Morrison —. Pasad, pasad.

El primer pensamiento de Nick al conocer a la madre de Candace fue que Jennie ya había estado allí, evidentemente. El segundo fue que estaba claro de quién había heredado Candace esos preciosos ojos grises. Y eso lo llevó a la conclusión de que Jennie acabaría siendo bendecida con esos mismos ojos de ángel.

Pero Catherine no parecía saber que Jennie era su nieta.

— Se ha quedado dormida en el coche y hemos conseguido meterla en el cochecito sin que despertase. Mamá, te presento a Nick Valentine — dijo Candace.

Catherine lo inspeccionó con cierta curiosidad durante unos segundos y luego sonrió, una sonrisa encantadora que le recordaba a la de su hija.

— Encantada de conocerlo. ¿Queréis que bajemos al salón? Allí hay más espacio.

Candace arrugó la nariz.

— No, el salón está lleno de gente jugando al bingo...

— Ah, se me había olvidado el bingo.

— Bajaremos al jardín en un momento — dijo Candace, sentándose al borde de la cama.

— ¿Conoce bien a mi hija, señor Valentine?

— Mamá...

— ¿Es usted...? ¿Cómo se dice ahora... su amigo?

Nick tuvo que sonreír.

— ¿Vas a contárselo tú o lo hago yo?

Candace se aclaró la garganta.

— Mamá, hay algo que no te he contado. Cuando tú creías que estaba de viaje, en realidad estaba ayudando a una mujer que no podía tener hijos...

— No te entiendo.

– Que acepté donar mis óvulos para un proceso de inseminación y gesté a su hijo por ella, pero parte del trato es que sería un secreto.

Catherine miró a Jennie.

– ¿Estás diciendo...? Jennie es tu hija.

Candace asintió con la cabeza.

– Pero debió dolerte muchísimo tener que separarte de la niña.

– Sí, mucho – asintió ella, con los ojos llenos de lágrimas –. Pero Jennie tenía unos padres que la querían.

– ¿Y tú cuidas de ella ahora? ¿Te parece sensato, cariño?

– No, no. Su madre murió y Jennie me necesita...

Nick tuvo que enfrentarse entonces con la verdad. Jennie necesitaba a Candace. Y Catherine. Y él también. Candace llevaba luz y alegría a sus vidas. La amaba. Reconocer eso no fue una sorpresa para él. En su corazón lo había sabido desde el principio. Candace tenía tantas cualidades: su lealtad, su paciencia, su generosidad, todo eso hacía muy fácil amarla.

Había tenido miedo de admitirlo, por eso se había escondido tras emociones que llamaba deseo, pasión...

Pero la amaba. Y esa admisión era liberadora.

Catherine estaba mirándolo con gesto comprensivo.

– Nunca le harás daño a mi Candace, ¿verdad?

– ¡Mamá!

– Nunca – afirmó Nick.

– ¿Y cuidarás de ella si me pasara algo?

– Cuidaré de ella y de Jennie. Pero le aseguro que no le va a pasar nada porque también cuidaremos de usted.

– Gracias – Catherine sonrió, mirando a la niña en el cochecito –. Ah, Jennie ha despertado...

El enfadado balbuceo de la niña los hizo reír a todos.

– Creo que es hora de bajar al jardín – dijo Nick.

Habían vuelto a la casa... Candace no creía que pudiese llamarla hogar, y después de bañar y darle la papilla a Jennie, Nick entró en la habitación.

– Yo la meteré en la cuna, no te preocupes.

Nerviosa, Candace bajó a la cocina para hacerse una tila y, unos minutos después, subió al cuarto de estar del segundo piso con la infusión y una revista en la mano.

– Se ha dormido enseguida – dijo Nick, sentándose a su lado.

Candace se aclaró la garganta, pensando que era de noche y estaban solos con tantas cuestiones sin aclarar.

– Ya me imagino.

– Me ha caído muy bien tu madre.

– Gracias. Tú también a ella.

– Pero debo admitir que me he llevado una sorpresa.

– ¿Por qué?

– Tu madre ya conocía a Jennie.

– Sí, la llevé una vez a la residencia. Se había caído y me llamaron porque no se encontraba bien... fue el día que creíste que había secuestrado a la niña.

– Ah, ese día – Nick se quedó en silencio un momento –. Vas a casarte conmigo, Candace.

Por un segundo, pensó que había oído mal. Pero el salto que dio su corazón al ver el brillo de sus ojos le dejaba claro que no era así.

– No puedes decir eso... así como así.

– No solo lo estoy diciendo, vamos a casarnos – insistió él.

– ¿Por qué? ¿Para que puedas cuidar de mí?

– Entre otras razones.

– ¡No necesito que cuides de mí!

Y no iba a engañarse a sí misma pensando que el amor que sentía por él sería suficiente. Nick había pasado antes por esa situación y solo había llevado infelicidad a las dos personas implicadas.

—No tengo intención de atraparte en un matrimonio sin amor.

—Tú no eres Jilly —dijo Nick—. No me atraparías porque yo quiero casarme contigo.

Si decía que sí, todos sus problemas estarían resueltos. Sería tan fácil caer en sus brazos y aceptar su proposición. Podría vivir con su hija para siempre, tendría a Nick a su lado, su marido de día, su amante de noche.

Era tan tentador.

—Solo lo dices porque mi madre cree que tienes que cuidar de mí.

—No, no es verdad —Nick tomó su mano—. Ya te pedí una vez que te casaras conmigo, así que esto no es idea de Catherine.

—Pero la última vez me lo pediste por Jennie...

—Y, evidentemente, fue un error —la interrumpió él—. Debería haberte pedido que te casaras conmigo... por mí.

—¿Qué quieres decir?

Nick la besó, un beso profundo, apasionado y sexy.

—¿Aún no te has dado cuenta? Te quiero, Candace.

Fue como su cumpleaños y el día de Navidad a la vez. Candace cerró los ojos y, en silencio, le dio las gracias al cielo.

Cuando los abrió de nuevo, Nick seguía mirándola.

—Si te casas conmigo seremos una familia. Jennie, tú y yo. Y luego Catherine, mi hermana, mis sobrinos... nunca había soñado con una familia tan grande.

—Yo también te quiero, Nick.

—Entonces ¿te casarás conmigo?

—Sí, me casaré contigo.

Él lanzó el puño al aire.

— ¡Sí!

Eso la hizo reír, pero Nick cortó su risa con un beso apasionado.

— Vamos a la cama — murmuró, con el corazón a punto de salirse del pecho.

— ¿Por qué no?

Riendo, fueron de la mano al dormitorio. Esta vez hicieron el amor con lenta intensidad, cada caricia contaba. Cada beso llevaba una nueva ola de emoción. Cuando por fin Nick se colocó sobre ella y se unieron, el mundo empezó a dar vueltas.

Después, él la envolvió en sus brazos, besando su frente.

— Ha sido fantástico.

— Estoy de acuerdo — dijo ella.

— Una cosa más — Nick colocó las almohadas para estar más cómodo—. Hay una casa en venta que me gustaría enseñarte.

— ¿Eso significa que vas a vender este mausoleo?

— ¿Mausoleo? — repitió él.

— No es un hogar. Esta casa es demasiado fría, no tiene corazón.

Nick sonrió.

— Ya verás la casa que voy a enseñarte. Creo que no tendrás ningún problema para llamarla hogar.

— Tal vez deberías cambiar el Ferrari por un coche familiar — sugirió Candace. Habían dejado a Jennie con Alison mientras iban a ver la casa de la que Nick le había hablado. Una casa en North Sore.

— Esto está hecho una jungla — murmuró él mientras tomaba un camino flanqueado por árboles—. Vamos a ver...

Sorprendida, Candace giró la cabeza para mirarlo y se le encogió el corazón al ver ese perfil tan querido. Debía ser la mujer más afortunada del mundo.

— Pensé que ya habías visto la casa.

— Hace mucho tiempo. Siete años exactamente.

Y entonces lo entendió.

— ¡La casa en la que vivías antes! Me da igual en qué estado la encontremos, aquí es donde quiero vivir.

— Espera un momento, antes tenemos que verla. Puede que ya no sea una buena inversión...

— Me da igual que sea una mala inversión —lo interrumpió ella—. Si te sigue gustando tanto como antes, viviremos aquí.

— ¿Harías ese sacrificio?

— No es ningún sacrificio, al contrario. Sé que me quieres y una casa se puede arreglar.

— Bueno, vamos a ver...

Candace contuvo el aliento al ver la vieja casa de la que tanto le había hablado la señora Busby.

— Es preciosa.

— Habrá que pintarla de arriba abajo.

Estuvieron media hora dando vueltas por allí, con Nick contándole anécdotas de su infancia y detalles de la construcción.

— Fue construida en 1880, cuando los barcos mercantes atracaban aquí. Los suelos son de madera *kauri*, la antigua madera de la zona.

— Entiendo que le tengas tanto cariño, es maravillosa. Creo que me he enamorado — Candace lo miró a los ojos, sonriendo —. Otra vez.

Fin